

**«ORTOPOGRAFIA»**

1. f. Ling. Conjunto de usos y convenciones particulares por las que se rige en cada lengua la escritura mediante signos tipográficos.

Real Academia Española  
© Todos los derechos reservados



**Edita:**

Fundación del Español Urgente-Fundéu  
Calle Espronceda 32.  
28003 Madrid-España.  
Teléfono: 91 346 74 40  
Fax: 91 346 76 55  
consultas@fundeu.es  
www.fundeu.es

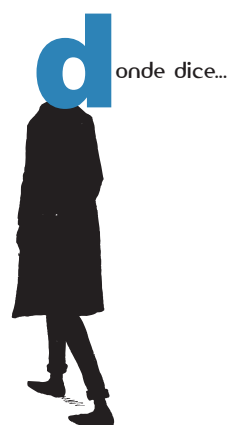
**Diseño y maquetación:**

slam diseño gráfico, S.L.

**Fotografías:**

© Archivo Efe, TVE

Depósito legal: M-44166-2005

**firma** invitada

Para leer a Juan Goytisolo en el 2006. *Martín F. Yriart* **1**

**monográfico**

Una visión de la ortotipografía. *José Martínez de Sousa* **4**

La decadencia de las normas. *Jorge de Buen* **8**

Reflexiones abreviadas. *Javier Bezos* **10**

Arte u oficio. *Miguel Gallego* **14**

**la** entrevista

José Antonio Millán: lingüista, editor y estudioso **16**

**recomendaciones**

Recomendaciones que hace la fundéu **18**

de la **fundéu**

Crece el interés **22**

**biblioteca**

**24**

# Para leer

a Juan Goytisolo en el 2006

*Martín F. Yriart. Periodista. Profesor en excedencia de la Universidad de Buenos Aires*



n En una biblioteca ideal existe un libro del cual cuantas más páginas se leen, más faltan siempre por leer. Este libro crece continuamente a medida que se avanza en él, pero su crecimiento no es espontáneo, ni tampoco obra de un Autor dotado de poderes sobrenaturales. A este libro lo aumentan sus propios lectores, aún sin saber que cada vez que lo abren en una página están contribuyendo a escribir otras. Este libro singular es el Diccionario.

Durante mucho tiempo estuvimos acostumbrados (por el maestro de escuela, por el jefe de la oficina, por el bibliotecario o el juez) a que este libro ideal, a diferencia de los demás, tuviera una sola apariencia casi, o muy pocas. Cuando se materializaba en el mundo real, el libro platónico adoptaba nombres como *Diccionario de la Lengua Española*, *Diccionario de Ideas Afines*, o *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*.

Fue un acontecimiento esencial cuando se reencarnó con el patrocinio de autores como María Moliner o Juan Corominas. Cuando en 1961 irrumpió como *Diccionario de Dudas y Dificultades de la Lengua Española*, la evidencia fue ya abrumadora. El voraz apetito del mercado había salido de su larga somnolencia. Hoy las metástasis devoran ya a las mismas células mutágenas, llámense ellas *Panhispánicas* o *Esenciales*, luchando por el espacio vital en las librerías.

En respuesta a esto, las materializaciones de aquel libro platónico revelan que algo profundo está cambiando en la borgeana biblioteca ideal donde se albergan los arquetipos y los paradigmas de todos los libros posibles. Una conmoción de dimensiones cósmicas estremeció la biblioteca ideal ese día, todavía próximo hoy, en que el Diccionario emergió en el gris cristal convexo de la pantalla de un ordenador, sea que su imagen proviniera de una memoria de almacenaje distante, a través de un cable de teléfono, o que estuviera albergado en una negra caja de baquelita o un brillante

disco plateado.

¿Para qué emplean el Diccionario esos lectores que lo crean cada vez que lo abren en alguna página, y hacen correr las hojas con el pulgar y el índice hasta encontrar la página, la columna, la palabra buscada?

Si nos atenemos a indicios medioambientales, unos lectores quieren ser correctos, otros quieren saber qué es lo nuevo, otros quieren dirimir disputas, otros son simplemente curiosos o hedonistas, otros sienten en la boca del estómago la náusea de la palabra vacía, otros están perdidos en páginas oscuras de otros libros.

Contaba H. W. Fowler en el prólogo a la segunda edición de *The Concise Oxford Dictionary of Current English* (Clarendon: Oxford, 1929) que la primera carta que habían recibido los editores tras la publicación de la edición príncipe de 1911 era de un caballero que reclamaba la devolución del precio que había pagado por el libro. Había comprado el primer *Concise* para establecer la ortografía correcta de la palabra X, y esta palabra no figuraba en el diccionario.

La era de Internet pronto nos permitirá saber más acerca de cómo y, tal vez, para qué los lectores emplean los diccionarios, y eso determinará seguramente cómo se reencarnará en el futuro aquel ideal platónico. Mientras tanto, «esto es lo que hay», como impuso en su día el castizo lenguaje de la cartilla de racionamiento y el estraperlo.

Yo, como castellano hablante nativo, espero que, para empezar y como mínimo, el Diccionario de la Real Academia me haga posible y grato leer y comprender el idioma de los clásicos que integran el Canon de la literatura española e hispanoamericana.

Pero entre los lexicógrafos académicos reina hoy un frenesí de creacionismo inverso. No se trata de revelarnos, parece, la obra del Ser Supremo cuando concibió al Mundo en que vivimos, a nosotros mismos y a la lengua privilegiada en que hablamos, lengua de un pueblo elegido, a todas luces, sino de postular cómo ha ordenado Él lo que *debe ser* desde hoy y hasta la Eternidad.

Los diccionarios académicos pecan hoy de futu-

rología y a la vez de amnesia. Entierran presurosos el pasado inconcluso e ingresan en tropel los neologismos neonatos que nadie ha concebido aún. No escarmentados con fracasos un día conspicuos y hoy olvidados como el de «güisqui», que sobrevive como un fósil nonato, a la manera de ciertos huevos de dinosaurio que todavía yacen petrificados en sus nidos originales, los diccionarios académicos persisten en inventar palabras. «Baipás» (por *by-pass*), «blus» (por *blues*) o «sexapil» (por *sex-appeal*) son algunos de los probables futuros fósiles de reciente creación.

El fresco naturalismo lingüístico de D. Ricardo Palma, batallador incansable por la modernización del Diccionario, parece olvidado hoy por sus émulos. Nadie parece haber leído o recordar tampoco a D. Alfonso Reyes y sus sabios coloquios de la lengua, ese bello pero indomesticable animal salvaje.

Hoy todo parece ser ingeniería de lo que vendrá. El *DRAE* y sus complementos *Panhispánico* y *Esencial* parecen solo preocupados por inventar palabras y adelantarse con ello a la misma lengua viviente. ¡Qué ingenua vanidad! Como si D. Juan de la Calle fuera a esperar a que se publique en el 2012 el *DRAE*<sup>23</sup> para saber solo entonces cómo debe decir o escribir *software* en castellano.

¿Y mientras tanto, dígame Ud., mi querido Prof. Harold Bloom, para qué me sirve el *Diccionario de la Lengua Española* si ni siquiera me sirve para leer el *Canon* de la literatura española? Me temo que el Diccionario arrastra desde sus orígenes, con leves variantes, este resto lexicológica (desde 1726, según la *Enciclopedia* de Espasa)<sup>1</sup> sin inmutarse:

**busilis.** (Del lat. *in rebus illis*, mal separado por un ignorante que dijo no entender qué significaba el *busilis*.) m. fam. Punto en que se estriba la dificultad del asunto de que se trata. // **dar en el busilis.** fr. fam. **dar en el hito.** (*DRAE* (2001)<sup>22</sup>: I, 336a).

¿Alguien puede imaginarse que el *Oxford*, el *Webster*, el *Robert* o el *Larousse* se permitan esta pintoresca fanfarronada de «un ignorante que dijo no entender qué significaba el *busilis*»?

Los correctores y enmendadores del *DRAE* han avanzado algo aunque no mucho en lo que al

bien de la Humanidad Lectora se refiere.

María Moliner escribió en la primera edición de su *Diccionario de uso del español* (Gredos: Madrid, 1979):

**busilis.** (Originado quizás en una anécdota, resulta de la división disparatada de la expresión latina *in diebus illis*, dejando por un lado *indie* y por otro *busilis*, expresión que daría mucho que pensar para traducirla; inf.) 'Detalle. Intrínquilis. 'Quid. Toque'. Detalle en que consiste la \*dificultad o el \*interés de algo: «Ahí está el busilis!» (432b).

Ya muerta D.<sup>a</sup> María, en la segunda edición (1988), para escándalo de sus descendientes, los editores de Gredos, quizá por ganarse el plato de sopa, retocaron el papel, suprimiendo ese elegante paraguas que había abierto ella: «originado quizás en una anécdota».

Otro motivo puede haber sido que entre tanto J. Corominas y J. A. Pascual habían publicado su *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (Gredos: Madrid, 1980), donde se lee:

**busilis.** 'punto en que estriba la dificultad de una cosa', extraído de la frase latina *in diebus illis*, mal entendido por un ignorante que, separando *in die*, se preguntó qué significaba *bus illis*, 1.<sup>a</sup> doc.: 1605, López de Úbeda, p. 119b (Nougué, *BHisp.* LXVI); 1615, *Quijote*. También *it. busillis, busili*, íd. Ante las dudas de Spitzer, *WS* VI, 208n., Northrup (*Speculum* II, 78-80) apoyó la etimología tradicional (ya dada por Aut.) con una cita de Giraud de Barri que prueba la existencia de esta anécdota desde fines del s. XII por lo menos; V. también en Gili. (I, 704-705).

Estas citas no son caprichosas. En 72 horas, este otoño, he leído tres veces *Pepita Jiménez*. La primera, paseando por las páginas, por placer; la segunda, con lápiz, por curiosidad; la tercera, por furia, con diccionarios. Con el Diccionario. Y con *los otros*.

Hago una lista marginal de palabras difíciles de *Pepita* (93). Téngase presente que soy un hablante multicultural del castellano, nacido y educado en la Argentina, entrenado como periodista de medios de comunicación internacionales, ávido lector de literatura española y residente en España desde hace una década. Mi lista de palabras y expresiones difíciles se basa en la posibilidad de que un lector que tiene un nivel educativo medio pueda formular una definición apropiada de su significado en una oración simple de

## EN UNA BIBLIOTECA IDEAL EXISTE UN LIBRO DEL CUAL CUANTAS MÁS PÁGINAS SE LEEN, MÁS FALTAN SIEMPRE POR LEER. ESTE LIBRO CRECE CONTINUAMENTE A MEDIDA QUE SE AVANZA EN ÉL, PERO SU CRECIMIENTO NO ES ESPONTÁNEO, NI TAMPOCO OBRA DE UN AUTOR DOTADO DE PODERES SOBRENATURALES. ESTE LIBRO SINGULAR ES EL DICCIONARIO

no más de dos docenas palabras.

Precedidas por un asterisco, las palabras, expresiones, acepciones, imposibles de dilucidar *DRAE* en mano o gravemente dudosas (23, o una de cada cuatro de mi lista marginal):

**adelfa, alifafes, apeador, \*en el ápice de la mente, arrobos, arropía, \*arrugadillo, \*ática, atortolado, azucarillos, binar, bizcotelas, blandengue, de bóbilisbóbilis, \*brisca cruzada, \*burro ciego, \*burro con vista, cacique, candioteras, caracoles, castaña, catecúmeno, cepa baladí, cimbel, como chupa de dómine, \*cocadés, \*conversación interior, corambre, corvetas, \*cruces de mayo, \*chuqueles, deán, desaborido, donpedro (dompiedo), \*drupo, \*elictas, empecatada, empírea, \*estaba en el busilis, estezado, gajorros, galadeFrancia, galopín, gente del bronce, gente menuda, gorigori, hipocentauro, hojuelas, indinote, \*jaleo probe, jamuga, lagarta, majuelo, mastranzo, \*medios puntos, mengue, \*método discursivo, miel de prima, mimbrón, mistelas, mostachones, mostrenco, mudanzas, \*mueble, oración de quietud, \*orar imaginario, paralipómenos, pateta, peal, pelgar, perniquebrado, pestiños, picotera, piñonate, pisaverde, reclamo, recoveros, rondeñas, rosolis, \*sermón de honras, sin decir oxe ni moxe, \*supiripandos, \*taguelar, ternes, tresillo, torcedor, tostones, tronado, túrdiga, \*vía unitiva, vicario, zahareña, zarandillo.**

Cuando le cuento mi experimento con el *DRAE*<sup>22</sup>, un cordial amigo y colega me consuela: «Tu puedes entenderlo igual a Valera, por el contexto». ¿Mi amigo es un conformista?, me digo yo. No, pero adivinar no es saber. Si el Diccionario no las sabe, menos sabré yo estas palabras cuyo significado intuyo *pero no puedo definir por género próximo y diferencia específica* como prescribe Aristóteles.

Pues parece que el pasado es irreparable, irrecuperable. Lo que el Diccionario no se molestó en explicar hace más de un siglo ya no preocupa a los lexicógrafos de la Academia. El *busilis* es un fósil lingüístico que no parece merecer hoy a los filólogos españoles tanta atención como el *Homo antecessor* de Atapuerca a los paleontólogos.

Sin embargo, alguien abre la página 150 de *Pepita Jiménez* (Colección Austral: Madrid, 1986), y lee el siguiente diálogo entre la enardecida Antoñona y el acongojado joven D. Luis:

- [...] No huyas como un cobardón grosero, sin despedirte. Ven a ver a mi niña que está enferma. Haz esta obra de misericordia.
- ¿Y qué conseguiré con esa visita? Agravar el mal en vez de sanarlo.
- No será así; *no estás en el busilis*. Tú irás allí y con esa cháchara que gastas y esa labia que Dios te ha dado la dejarás consolada [...].

El lector pretende comprender el sentido de esas cinco palabras —*no estás en el busilis*— y al impulso de su imaginación, las páginas del Diccionario

ideal de la biblioteca platónica se aumentan con un nuevo significado que no se encuentra aún escrito en ningún papel pero existe ya en una mente lectora: ¿Es que «*estar en el busilis*» será lo mismo que *dar* en él? Mi intuición lectora me dice que no.

Pero, entretanto, el texto ha abortado en la intención de su autor (a pesar de que Juan Valera es todo menos torpe con el lenguaje) y otro fracasado lector ha buscado en vano socorro en las páginas del *DRAE*, de donde ha salido agobiado de nueva incertidumbre.

Ahora, imagínense ustedes. Si hoy con el *DRAE*<sup>22</sup> yo no puedo leer ya al Juan Valera de *Pepita Jiménez* (1874), qué le puede esperar a mi nieta Guadalupe, que este año comienza el preescolar en la Argentina, cuando deba explicar a Juan Goytisolo, Juan Rulfo o Juan Moreira para unas oposiciones, una conferencia o un artículo como este, pongamos, en el 2036.

### POST SCRIPTUM

A manera de colofón y para comprender mejor los arduos trabajos del lexicógrafo y, a la vez, el papel que la imaginación lectora cumple en su obra frente al vacío de significado, leamos lo que sigue:

**busilis.** F. *Noeud, clou.* - It. *Busilli.* - In. *Point of difficulty.* - A. *Hauptpunkt.* - P. *Busilis.* - C. *Busilis.* - E. *Cefajo, cefapunkto.* m. fam. Punto en que estriba la dificultad de que se trata. // Misterio. // Dinero. Dar en el busilis. fr. fam. Dar en el hito.

*Etimología.* Creemos conveniente dar la etimología de esta palabra en forma distinta de la acostumbrada por requerir una explicación. La Real Academia Española, en la primera edición de su Diccionario publicada en 1726, se expresa en los siguientes términos: «El origen de esta voz es dificultoso, pero parece que puede deducirse de un ignorante que, dándole a construir estas palabras latinas *In diebus illis*, construyó diciendo *in die*, 'en el día'; y no pudiendo pasar adelante, dijeron de él, o él dijo de sí, que no entendía el *bus-illis*». Esta interpretación, a primera vista pueril, no lo es si se tiene en cuenta que la palabra *busilis* no se usa nunca en sentido serio, sino en el jocoso o festivo, y así no es extraño que el vocablo en cuestión reconozca un origen jocoso. Si admitimos esta etimología, podemos admitir, asimismo, como probable, que fuese un inhábil traductor de los Santos Evangelios quien cometió el error, mayormente si se considera que en los antiguos manuscritos no se separaban con guión las partes de la palabra dividida en dos renglones, y bien pudiera ser que estuviese escrito *In die* al final de un renglón, y *bus illis* al principio del siguiente.

<sup>1</sup> *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Hispanoamericana*. IX, Espasa Calpe: Madrid, 1930.

una visión de la

# ortotipografía

*José Martínez de Sousa. Bibliólogo, ortotipógrafo y lexicógrafo*



La ortografía presenta, para los tipógrafos, dos facetas bien diferenciadas: por un lado, lo que llamamos *ortografía usual*, que pretendemos conocer todos para el desenvolvimiento de nuestra vida diaria en lo que a comunicación escrita se refiere, y por otro, la *ortografía técnica* (normas de grafía de los elementos científicos y técnicos), que comprende la *ortografía científica* (normas de escritura científica) y la *ortografía tipográfica u ortotipografía* (normas de escritura de los elementos gráficos). Analizaremos algunos aspectos ortotipográficos, en función del escaso espacio de que disponemos.

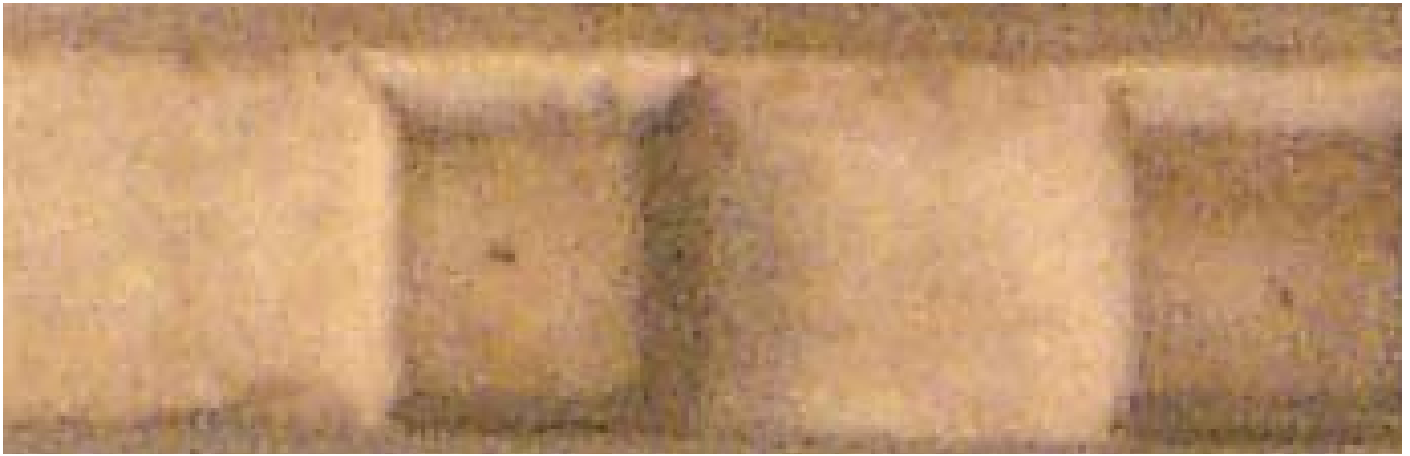
## los usos de las comillas

Dice la Academia (OLE99, 5.10.3) que se usan para indicar que la palabra o expresión es de otra lengua: «En el salón han puesto una “boiserie” que les ha costado un dineral». Es una norma errónea: las palabras extranjeras no incorporadas a nuestra lengua se escriben con cursiva. En 5.10.4 dice que se usan las comillas en los títulos de artículos, poemas y cuadros. Pues bien: es cierto que los títulos de artículos (o los capítulos de libros) se escriben de redondo y entre comillas, pero no así los de poemas y cuadros (pinturas), que se escriben con cursiva. En 5.10.5 dice: «Cuando en un texto se comenta o se trata una palabra en particular, esta se aísla escribiéndola entre comillas». Aquí está la Academia tratando mal el metalenguaje; lo correcto, una vez más, es utilizar la cursiva. Se equivoca asimismo la docta corporación cuando, en el 5.10.6, dice: «Cuando se aclara el significado de una palabra, este se encierra entre comillas. En tal caso se prefiere utilizar comillas simples», y pone este ejemplo: «“Espiar” (‘acechar’) no significa lo mismo que “expiar” las faltas». Aquí, como en el caso anterior, está usando el metalenguaje, que se expresa con la cursiva, por lo que la grafía correcta sería, en principio, esta: «*Éspiar* (‘acechar’) no significa lo mismo que *expiar* las faltas».

## el punto en conjunción con signos de cierre

Cuando una oración o período termina con signos de cierre (comillas, paréntesis o corchetes), el punto puede ir dentro o fuera de ellos; dependerá de si la puntuación pertenece a la oración cuando esta es independiente o al período. La regla aplicable al caso, admitida por la mayoría de los ortotipógrafos, es:

- a)** si el texto entrecomillado comienza a principio de párrafo o después de punto (o signo que haga sus veces), el punto ha de colocarse dentro de las comillas de cierre (es decir, que estas abren y cierran el texto);
- b)** si el texto entrecomillado comienza después de dos puntos, coma, puntos suspensivos (no equivalentes a punto) u otro signo que no ejerza funciones de punto o en ausencia de signos de puntuación, el punto ha de colocarse después de las comillas de cierre (es decir, que estas no han abierto el período o la oración y, por lo tanto, tampoco lo cierran).



Pero dice la OLE99 (5.10.7): «El texto recogido dentro de las comillas tiene una puntuación independiente y lleva sus propios signos ortográficos». Esto lo incumple la Academia cuando establece (en 5.1.2) que el punto se coloca *siempre* detrás de las comillas, corchetes o paréntesis. Para mayor asombro, la Academia mantiene esa puntuación incluso cuando la oración o el período terminan con signos como la exclamación, la interrogación o los puntos suspensivos, que en esos casos tienen oficio y función de punto. Es obvio que en esta situación sobra un punto, y sin duda que es el que está fuera del paréntesis de cierre. La Academia es aquí, como en otras partes de su obra, absolutamente incoherente y su norma no es aceptable ni para los ortotipógrafos ni para los usuarios de la escritura en general.

## anglicismos ortotipográficos

Es vieja costumbre, en español, cerrar con paréntesis de cierre las letras o cifras con que se distingue cada uno de los apartados de un párrafo: 1), 2), 3), o bien a), b), c). Es anglicismo ortotipográfico escribirlos con los dos paréntesis: (1), (2), (3), o bien (a), (b), (c). Pues bien: la Academia (OLE99, 5.7.6) ha normalizado este uso extraño al español; dice: «Las letras o números que encabezan clasificaciones, enumeraciones, etc.[.] pueden situarse entre paréntesis o seguidas [seguidos] del paréntesis de cierre», y pone estos ejemplos: «Estos libros podrán encontrarse en los lugares siguientes: = (a) En los estantes superiores de la sala de juntas. = (b) En los armarios de la biblioteca principal», y a continuación los mismos ejemplos con la grafía correcta: a), b), c), si bien los escribe mal, con el paréntesis de cursiva en ambos casos.

## la cursiva en conjunción con la redonda

El encuentro de signos escritos con letra cursiva y signos escritos con letra redonda puede dar lugar a problemas de grafía. La solución de tales problemas depende del punto de vista y de la formación de quien la aplica. Sin duda serán distintas, en muchos casos, las visiones que de ello tengan los tipógrafos y los lingüistas. La solución que parece recomendable es la que parte de principios ortotipográficos.

La norma ortotipográfica establece los siguientes principios:

1. Los *signos de puntuación*. Los signos de puntuación que afecten a una palabra cuya grafía sea diacrítica (es decir, cursiva, negrita o cursiva negrita) se escribirán con el mismo diacrítico:

*Pamplona;*

**Pamplona;**

***Pamplona;***

En opinión de los lingüistas, los signos de puntuación que afectan a una palabra cuya grafía es diacrítica deben mantener la que corresponde al discurso, es decir, al texto general:

*Pamplona;*

**Pamplona;**

***Pamplona;***

principio que, como hemos visto, no aceptan los ortotipógrafos.

A este respecto, dice Morato: «Las cursivas tienen signos y guarismos peculiares, y con ellos, y no con los de redondo, deben emplearse». Y Martínez Sicluna dice: «Las palabras de letra cursiva que se introducen en el texto llevarán también de cursiva la puntuación y cualquier otro signo que las acompañe».

2. Los *paréntesis, corchetes, exclamaciones e interrogaciones*. También a este respecto difieren los criterios de ortotipógrafos y lingüistas. En opinión de los primeros, los paréntesis, corchetes, exclamaciones e interrogaciones que encierran un texto en cursiva, totalmente o en parte, se escriben siempre o bien con cursiva o bien de redonda ambos signos, el de apertura y el de cierre, según los siguientes principios:

- a) Si dentro de los paréntesis, corchetes, exclamaciones e interrogaciones va una letra, palabra, oración o período todo él con cursiva, serán cursivos también los signos que los abren y cierran, tanto si aquellos son autónomos como si son dependientes:

La palabra de marras (*talud*) había sido pronunciada...  
 El piojo (*Pediculus humanus*) afecta especialmente...  
 La película a que me refería (*La Reina de África*) estaba protagonizada por...

En opinión de los lingüistas, la grafía correcta en estos casos es la siguiente:

La palabra de marras (*talud*) había sido pronunciada...  
 El piojo (*Pediculus humanus*) afecta especialmente...  
 La película a que me refería (*La Reina de África*) estaba protagonizada por...

Aducen que los paréntesis no pertenecen a lo encerrado por ellos, sino al texto general en que se insertan (el discurso). Este criterio, no compartido por los ortotipógrafos, en primer lugar no parece mantener la coherencia gráfica de los signos en presencia, y en segundo lugar no parece que sea de aplicación en estos casos, por cuanto eliminada la parte intraparentética, lo que queda son los paréntesis, sin sentido alguno; luego esto quiere decir que tales paréntesis, más que al discurso, pertenecen, propiamente, a lo encerrado por ellos (sin lo cual, en efecto, carecen de sentido) y, en consecuencia, deben mantener su misma grafía. Esta ha sido, a lo largo de la historia de la ortotipografía española, una costumbre mantenida casi con unanimidad, mientras que el criterio lingüístico es moderno y carece de tradición entre nosotros.

**b)** Si dentro de los paréntesis, corchetes, exclamaciones e interrogaciones aparecen textos en redondo y en cursiva, los signos que los encierran, por coherencia gráfica, se escriben, ambos, de redondo, incluso cuando la parte redonda sea solo una letra (y conjunción, por ejemplo) y la parte cursiva empiece, termine o empiece y termine la parte encerrada por los signos:

(*mazacote* es la palabra buscada)

(la palabra buscada es *mazacote*)

¿*mazacote* es la palabra buscada?

¡la palabra buscada es *mazacote*!

Las últimas películas de Almodóvar (*Todo sobre mi madre* y *Hable con ella*) han obtenido la aprobación de la crítica.

**piojuelo** (dim. de *piojo*).

Son incorrectos, pues, ejemplos como los siguientes:

**piojuelo** (dim. de *piojo*).

(la palabra buscada es *mazacote*)

¿*mazacote* es la palabra buscada?

(*Todo sobre mi madre* y *Hable con ella*)

La norma anterior tiene algunas excepciones. Se escriben de cursiva dentro de paréntesis en redonda cuando las letras sean extratextuales; por ejemplo, cuando en el texto se hace referencia a una letra de una fórmula, una ilustración, etcétera (aunque en el grabado pueda aparecer de redondo):

La dirección de la flecha (*a*) es la de...

**3.** *La forma cursiva de las comillas y los corchetes.* Para algunos tipógrafos, el uso en cursiva de los corchetes ([ ]) y las comillas (« », “ ”) se ha convertido en un verdadero problema. Se debe ello, naturalmente, a falta de costumbre. En la tipografía manual, estos signos carecían de forma en cursiva, por lo que cuando se componía algo en cursiva que al propio tiempo debiera ir entre comillas o entre corchetes, estos signos dobles aparecían de redondo. Actualmente, con la digitalización de los signos tipográficos, no hay razón para no usar de cursiva las comillas y los corchetes cuando les corresponda. Si se usan de cursiva o de negrita, o de ambas, signos como la coma, ¿por qué causa no habría de hacerse lo mismo con las comillas?; y si se usan de cursiva, negrita, etcétera, los paréntesis, ¿por qué no hacer lo mismo con los corchetes? No puede dárseles tratamiento de signos extratextuales porque no lo son.

## las llamadas de nota, ¿antes o después de los signos de puntuación?

Este es otro caballo de batalla de los tipógrafos. Muchos autores, y también la propia Academia, colocan las llamadas de nota (nos referimos a las que utilizan cifras voladitas) dentro de los signos de puntuación: ... *por ejemplo*<sup>2</sup>; es obvio que cuando el lector llega aquí y se tropieza con esa solución, le resulta imposible hacer la leve pausa que indica el punto y coma y luego «pensar» la llamada de nota: como esta se halla antes, lo lógico es que primero «piense» la nota y después haga la pausa. Esto es tan absurdo e irreal, que uno no se explica por qué algunos escritores, tipógrafos y ortotipógrafos son aún partidarios de colocar la llamada antes del signo. Supongamos el siguiente caso: ... *por ejemplo*<sup>12</sup>!; ¿qué tiene que hacer el lector: ¿introducir la «pronunciación» de la nota dentro de la exclamación a que le obliga el signo? Parece que queda muy claro que la grafía correcta en estos casos consiste en colocar la llamada de nota (que es extratextual, no se olvide, razón por la cual se escribe siempre de redondo normal, aunque afecte a una palabra en cursiva o negrita) fuera de los signos de puntuación: ... *por ejemplo*;\*<sup>2</sup> ... *por ejemplo*!<sup>12</sup>

Quedan, naturalmente, muchos otros problemas en este amplio campo de la ortotipografía, pero su tratamiento rebasa los límites de nuestra intención aquí y ahora.





# la decadencia de las normas

Jorge de Buen. Profesor de tipografía (México)

En 1985, cuando la empresa Aldus puso en venta un programa de autoedición llamado PageMaker, se produjo uno de los cambios más importantes que ha habido en la industria editorial. Si nos ponemos a buscar en la historia una transformación comparable, quizás lo más parecido sea lo que sucedió durante la era industrial, cuando, gracias a la proliferación de máquinas que lo hacían todo, la tipografía dejó de ser un trabajo casi puramente manual para convertirse en uno medianamente mecanizado.

El resultado de la era industrial aplicado a la tipografía fue una sobrada producción de letras de imprenta. De modo que los impresores de la época se toparon con una inagotable oferta de nuevos tipos: podían adquirir decenas de letras, en vez de conformarse con aquel par de estilos y aquella modesta selección de variaciones indispensables que solían atesorar en sus talleres.

El ensanchamiento del mercado tipográfico provocó que los diseñadores de tipos pudieran apartarse de los estilos convencionales para crear nuevas formas exuberantes, caprichosas, llamativas, estridentes, ostentosas... Los catálogos tipográficos de finales del siglo XVIII dan buena cuenta de esos delirios.

Puedo reconocer fácilmente los libros del siglo XIX. Sus portadas, y a menudo también buena parte de sus interiores, parecen catálogos de tipos: es tal la promiscuidad de los estilos que se ven en esas obras, que el resultado es casi siempre un gatuperio espeluznante. Pareciera que los editores hubiesen tenido la urgencia de aprovechar todo su inventario tipográfico. Desde el primero y hasta el último de sus días, con precisión de relojería, el siglo XIX había sido el más atroz en la historia de la edición; pero la era de la electrónica nos ha permitido perfeccionar el

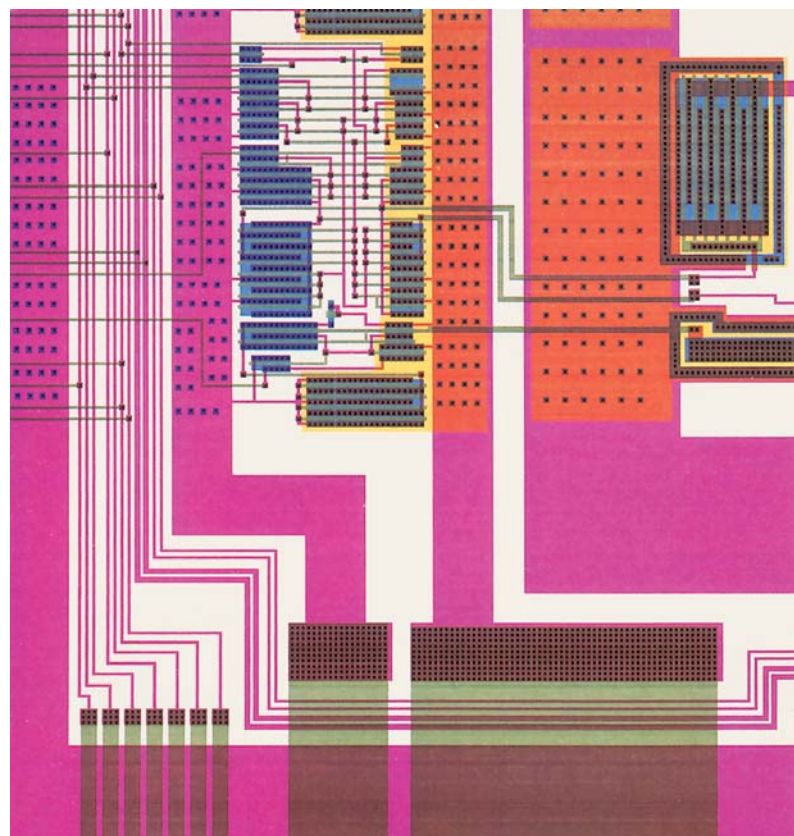
desastre.

La llegada de la informática y su concomitante popularización han puesto oficios herméticos en manos de profanos. La edición de textos es, quizás, uno de los ejemplos más radicales, tanto en lo que corresponde al diseño gráfico como en las supuestas traducción y corrección automáticas.

Mediante computadoras personales y programas de autoedición, cualquier persona puede realizar actividades que, durante siglos, habían sido exclusivas de talleres costosos y trabajadores bien entrenados. Lógicamente, la vulgarización de tan severos oficios ha tenido un precio elevado, ya que desde hace dos decenios son más abundantes los libros, revistas y catálogos mal hechos que los dignamente realizados.

Esto me trae a la memoria escenas de la infancia. Cuando mi madre tropezaba con erratas graciosas en periódicos o revistas, recortaba cuidadosamente los artículos y los guardaba en una carpeta. Era muy entretenido revisar esa carpeta de vez en cuando, pero lo luminoso era aportar algún hallazgo; así que yo fui adquiriendo desde niño una tendencia a buscar yerros. No sabía del idioma más que cualquier otro niño, y seguramente entonces no era capaz de distinguir ciertas faltas de ortografía o puntuación; sin embargo, tengo un vívido recuerdo de lo infrecuente que era hallar erratas: dos o tres por volumen; rara vez aparecían más.

Difícil es encontrar hoy un libro que tenga pocas



Detalle ampliado del circuito de un chip de ordenador de los años 80 (MOMA, Nueva York)

erratas. Reconozco que, durante los años recientes, muchos editores han puesto más cuidado en sus publicaciones, pero las obras aún dejan mucho que desear, sobre todo cuando se comparan con las del pasado. Lo más interesante es lo poco que todo esto importa a aquellos lectores que no tienen un interés particular en la filología y la edición, es decir, a una abrumadora mayoría. En ese sentido, los grandes editores de nuestra época, con su disposición mercantilista, aciertan: algunos de los libros que más se venden están muy mal editados, pero muy pocos consumidores parecen notarlo. ¿Para qué desgastarnos entonces con esta obsesión de hacer buenos textos? A veces pienso que nos gusta hacer filigrana con hilos de agua.

Podría alegarse que la calidad editorial es un mensaje que unos expertos mandan a otros expertos, y que fuera de este exclusivo círculo no hay quien se preocupe por el tema. Pero así como podemos reconocer el acento del hablante nativo aunque apenas tengamos nociones de su idioma, también podemos deleitarnos con un buen trabajo aunque no sepamos explicar por qué nos parece que está bien hecho.

Volviendo a lo que sucedió con la tipografía en el siglo xix, es importante advertir que, pasado el desastre, las aguas volvieron a cierto nivel, si bien el nuevo nivel fue muy distinto al anterior. Durante el primer cuarto del siglo xx se establecieron las bases de un novedoso estilo de tipografía y edición que se desarrollaría con vigor durante los siguientes sesenta o setenta años; un estilo, por cierto, de estructuras rígidas y minimalistas, bien alejado de las suavidades decadentes del diecinueve —y aquí incluyo, con una reverencia, al movimiento Arts and Crafts, que fue, eso sí, una espectacular y digna coronación para una época de incontenencias y miriñaques.

Lo que ahora se está desmoronando es precisamente el estilo funcionalista del siglo xx. Durante los últimos dos decenios, los entusiastas de la autoredición —diseñadores improvisados y sin conocimiento alguno de los cánones editoriales— han puesto en un triturador las normas que otros hemos estado consignando y cuidando con esmero. Y algo similar está sucediendo con otras formas de escribir las lenguas: se están contaminando o fusionando más rápidamente que antes debido a la parla abreviada y descuidada del medio cibernético.

Este mundo de promiscuidades solivianta mi mente de obsesivo perfeccionista. Y el lector que comparta conmigo esta compulsión coincidirá en que las reglas son el fundamento de nuestra seguridad, y que todo caos es para nosotros fuente de una ansiedad incontrolable. Por fortuna, siempre habrá obsesivos que pongan orden; sobre cada aparente desbarajuste alguien encontrará una organización que pueda describirse con unas cuantas reglas.

Los buenos diseñadores son especialmente melindrosos ante la rigidez. Saben bien que no se puede llamar la atención con lo igual, por lo que deben buscar afanosamente lo distinto. En ese sentido, cada norma o

convención es un blanco propicio para lanzarse contra ella; de hecho, pareciera que la hubieran puesto ahí precisamente con ese propósito, como una guía para encontrar recursos distintivos.

Los cánones editoriales descansan en dos pilares: función y tradición. La función se construye, a su vez, con diversos componentes, como la legibilidad y la diacrisis. Sobre la mezcla de sus componentes y sus rangos puede haber diversas opiniones; en cambio, no hay duda de que, al menos en estos tiempos, la tradición no puede anteponerse a la función. En otras palabras, desechamos los usos tradicionales cuando se oponen a la función, pero propugnamos por la observación de las tradiciones editoriales cuando no estorban.

La tradición se origina en la función. Si algo fue útil durante un largo tiempo, pero de pronto ha dejado de ser indispensable, está pasando entonces a ser parte de la tradición. La sangría, por ejemplo, es una práctica que tiene varios siglos de antigüedad. Funciona como signo en los párrafos ordinarios, pero prácticamente carece de significado cuando va en un título o en el primer párrafo de un capítulo. La tradición inglesa manda suprimir estas sangrías superfluas, pero no así la española.

En una lectura más profunda, empero, la sangría en el primer párrafo de un capítulo es un signo en cuanto dice al lector experto: «Soy un primer párrafo ortodoxo según la tradición española, y quien me compuso conoce esa tradición». Sin embargo, son tan pocos los que saben leer este significado, que el signo ya prácticamente no tiene defensa.

## PODRÍA ALEGARSE QUE LA CALIDAD EDITORIAL ES UN MENSAJE QUE UNOS EXPERTOS MANDAN A OTROS EXPERTOS, Y QUE FUERA DE ESTE EXCLUSIVO CÍRCULO NO HAY QUIEN SE PREOCUPE POR EL TEMA

Sangrar el primer párrafo ya no puede ser una norma, y muchas otras viejas reglas parecen correr suertes similares; pero no vale la pena meternos aquí a consignar el obituario de la ortotipografía.

Estoy convencido de que los diseñadores de libros del xix hubieran visto con horror lo que se les venía encima, así como yo, atrincherado y con cierta angustia, voy vislumbrando el porvenir del oficio. Es obvio que muchas viejas normas, y en especial las más sutiles, están en franca decadencia, y se ve que ya están siendo sustituidas por otras distintas. Pero, como siempre, los que rompen las reglas bajo la premisa de que no debe haberlas, sin quererlo sientan también las bases de un nuevo sistema que solo se puede describir con un conjunto de flamantes normas.

# abreviadas

*Javier Bezos. Corrector ortotipográfico y de tipografía técnica*

**Este artículo está dedicado a una serie de reflexiones, no necesariamente sistemáticas, sobre los problemas que plantean actualmente las abreviaciones.**

## las abreviaciones

Las *abreviaciones* son una representación abreviada de una o varias palabras. Su finalidad es doble:

- Conveniencia del que escribe, pues se teclea menos en ciertas palabras que se repiten.
- Conveniencia del que lee. Las palabras se captan por bloques de letras y un lector medio viene a captar un máximo de cuatro letras, por lo que las abreviaturas que no pasan de este tamaño pueden identificarse rápidamente de forma visual.

Antiguamente tenían otros propósitos, como permitir el ahorro de materiales o ajustar las líneas, pero hoy tales usos han desaparecido por completo.

Normalmente, los análisis ortotipográficos se centran en el primero de los aspectos, mientras que el segundo se suele pasar por alto. Por ejemplo, se rechaza la abreviatura *lib.* para *libro* porque no se gana más que un carácter y por ello se debería emplear *l.* No obstante, no hay que olvidar la segunda faceta de las abreviaturas, y en bloques donde se concentra gran cantidad de información, como las bibliografías, el rápido reconocimiento visual puede ser importante, sobre todo porque no hay contexto: *l.* es poco expresivo del significado (*¿es libro o línea?*) y *libro* ya se pasa en un carácter del límite de cuatro; en cambio *lib.* se distingue claramente y se diferencia de *lín.*, y por tanto funciona muy bien como poste visual fácilmente reconocible. De forma parecida, es más expresivo dejar abierta una enumeración con *etc.*, un marcador visual rotundo por su concisión, que con *etcétera* (en cualquier caso, no parece que tenga mucho sentido que lo mismo unas veces se escriba de una manera y otras de otra, como a menudo se propone con *etc./etcétera*, puesto que la uniformidad es siempre una ayuda a la lectura).

Hace tan solo unos pocos decenios, la situación sobre las abreviaciones era más o menos clara: tenían abreviaturas y abreviaturas comerciales. Dentro de las primeras se podían englobar las siglas, pues no tenían tratamiento especial: igual se escribía *s. e. u. o.* y *O. N. U.*, que *VV. AA.* En la actualidad, las abreviaturas se han especializado y se clasifican en varios grupos: abreviaturas (y dentro de estas las abreviaturas comerciales) y siglas (y dentro de estas los acrónimos). Aunque en la práctica esos son los dos grupos esenciales, se pueden encontrar otras clasificaciones, en ocasiones bastante complejas, que incluyen *literaciones*, *sigloides*, *siglónimos*, *inicialismos* y otras categorías; el panorama no puede ser más confuso, porque las clasificaciones varían de un autor a otro y a menudo se mezclan los métodos de formar las abreviaciones con la forma de leerlas. Desde el punto de vista del usuario medio de la lengua, una clasificación tan compleja y a menudo con muchos matices sutiles solo es un obstáculo y un medio seguro de que las normas, de haberlas, sean imposibles de recordar y de aplicar debidamente.

## LA EXPLOSIÓN DE LAS SIGLAS ES UN FENÓMENO NUEVO, QUE IRÓNICAMENTE PODRÍA BENEFICIARSE DEL SENTIDO PRÁCTICO DE HACER AÑOS PARA SU TRATAMIENTO GRÁFICO

La *sigla* es un tipo especial de abreviatura, sin que esté claro en qué se diferencia una de otra. Originalmente, las siglas (o lo que ahora entendemos por siglas) eran básicamente abreviaturas de nombres propios que tomaban la primera letra de cada palabra, por lo que se componían con mayúsculas. Como no siempre eran pronunciables y había que deletrearlas, se amplió la forma de crearlas mediante los *acrónimos*, que no solo tomaban las primeras letras de cada palabra, sino también alguna más intermedia para poder formar un nombre pronunciable: así, en lugar de *RNFE* tenemos *Renfe*. Aunque se suele caracterizar el acrónimo por la inclusión de letras intermedias, en realidad su razón de ser es permitir la lectura oral; así se suele definir en francés e inglés y así debería hacerse en español, aunque no es raro ver aún otras definiciones del término.

Por razones tipográficas, en las siglas se abandonaron primero los espacios y luego los puntos. Aunque a la sigla suele asociarse una forma de lectura, desde el origen se ha tratado más bien de una consecuencia de la necesidad de tener que leerlas: donde era posible se leía como una palabra (O. N. U.), si no se podía se deletreaba en todo o en parte (U. G. T., C. S. I. C.), y si tampoco era posible, se llegaba a la lectura plena (J. J. O. O., E. E. U. U.). A este respecto, no hay nada nuevo en las siglas.

Actualmente las siglas no se limitan a los nombres propios, sino que también puede expresar un concepto; también es método para formar neologismos, en lo que se ha mostrado extremadamente productivo: *ovni*, *láser*, *opa*, *sida*... Es un sistema muy conveniente para el lector, que puede captar un concepto en la lectura de una vez, sin necesidad de tener que leer un sintagma completo y a menudo largo (lo cual no justifica el abuso que se hace de ellas). Es, en definitiva, su objetivo básico, con independencia de su lectura, y lo que en buena medida caracteriza a la sigla: a diferencia del resto de las abreviaturas, se usan con profusión en el texto.

Las abreviaturas suelen formar el *plural* añadiendo *-s* o *-es*: *Dirs.*, *núms.*, *Dres.* Las de una letra lo pueden formar duplicando la letra: *pp.* Eso se ha aplicado a algunas siglas (en el sentido original del término), como *CC. OO.*, lo que hoy crea incoherencias en el sistema (compárese *EE. UU.* con *URSS*), con un híbrido entre sigla y abreviatura que parece difícil de justificar, salvo, acaso, por el factor secundario del método de lectura (figura 1);

la tradición en este caso tampoco nos ayuda, porque estamos tratando con fenómenos ortotipográficos nuevos. Puesto que la evolución de las siglas fue sobre todo por motivos gráficos, para no obstaculizar la lectura, no parece razonable excluir estos casos del proceso, por lo que algunos medios lo practican: *EE UU*, *CC OO*, *AA PP AA* (con espacios finos entre cada bloque).

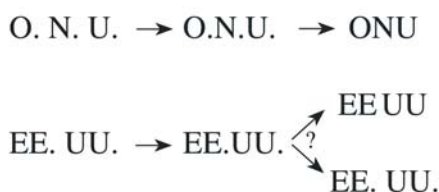


Figura 1. Evolución de la escritura de las siglas

La formación del plural con duplicación viene a ser una especie de cultismo, como prueba que muy a menudo se vean usados en singular (una *BBDD* es una base de datos, *la CCAA de Madrid* es una sola comunidad autónoma) y las incoherencias en su aplicación (*BD* para *base de datos*, con plural *BBDD*, *APA* para *asociación de padres de alumnos* con plural *AAPPAA*). En cierto modo, se podría decir que no es realmente *productivo* y que solo permanecen de verdad los casos ya establecidos como *RR. CC.*, *AA. VV.* o, un tanto atípicamente, *FF. CC.* (*ferrocarriles*, con *F* duplicada aunque *ferro-* no varía). Por otra parte, parece que solo funciona bien cuando son dos o tres letras y no más.

La regla académica es que las siglas, como las abreviaturas en el francés, son invariables. ¿Cómo saber si un cartel que dice «PC de oferta» se refiere a uno o a varios? ¿Y «congreso de ONG»? Una norma ortográfica no debe ser obstáculo a la comunicación: si por una norma ortográfica se resiente la capacidad de comunicación, esa norma hay que revisarla. Yo ya escribo *CDs* y *TVs*, pues me parece un plural gráfico conciso, diáfano, legible y reconocible. El hecho de que a los ingleses se les haya ocurrido antes no es razón suficiente para rechazarlo. Más bien al contrario, en español las abreviaturas han tenido siempre plural, y su ausencia puede denotar un galicismo.

## siglas: ¿versal o versalita?

Las siglas plantean un importante reto a la tipografía actual. De reciente aparición, el tratamiento ortotipográfico de las siglas ha pasado por la evolución mencionada antes en la que se comenzó como con cualquier otra abreviatura (O. N. U.), para reducir posteriormente el espaciado (O.N.U.) y finalmente suprimirse los puntos (ONU). La evolución sigue abierta, porque la composición en mayúsculas tiene un doble problema: las letras son más grandes en las mayúsculas y sus trazos son por regla general más gruesos que los de las minúsculas. Eso causa que las siglas creen *manchas* en el texto que destruyen la uniformidad del gris tipográfico y que pueden distraer al lector.

Desde los años ochenta, como poco, en inglés se ha aplicado la solución de componer las siglas con versalitas, una idea que recibió un especial apoyo en *The elements of typographical style*, de Robert Bringhurst; si las versalitas son reales, se corrige el problema del gris tipográfico. Sin embargo, desde el punto de vista ortotipográfico, la propuesta no deja de ser problemática, puesto que las versalitas han pasado a tener en el texto la doble función de mayúsculas disminuidas (que ya tenían, pero solo en folios y títulos) y de un tipo especial de minúsculas. Peor aún, hay siglas que combinan mayúsculas y minúsculas (como ARNm), y la simple sustitución de mayúsculas con versalitas produce resultados descuadrados; la reducción de las minúsculas que algunos tipógrafos proponen es, simplemente, tipográficamente inaceptable porque perdemos el equilibrio por el que se supone se usan las versalitas. Además, hay que tener en cuenta que no todas las familias tipográficas incluyen versalitas, y las seudoversalitas, que algunos sistemas generan a partir de las versales por simple reducción, tiene los trazos demasiado finos. Un problema añadido es que la s versalita es idéntica a la minúscula y el plural con la adición de esa letra es irreconocible. En definitiva, por una razón u otra, hay bastantes tipógrafos que ven en las versalitas una solución parcial y no es de extrañar que se haya experimentado con otras posibilidades.

En los últimos años está ganando popularidad la composición con una letra algo menor y con una ligera prosa (espaciado entre letras). Esa pequeña reducción (cuyo valor exacto hay que tantear para conseguir un equilibrio correcto) iguala los trazos de las letras mayúsculas y minúsculas (al menos los de las astas más gruesas) y la prosa contribuye a que no se vea como un bloque monolítico. Una de las ventajas de este sistema es que la combinación de mayúsculas y minúsculas, que se da en algunas siglas, no queda demasiado descuadrada. En todo caso, si no se tienen versalitas reales, es preferible esta solución a las seudoversalitas (figura 2).

**versales:** SIGLA texto  
**versalitas:** SIGLA texto  
**reducido:** SIGLA texto

Figura 2. Tipografía de las siglas

El problema sigue abierto y es probable que aparezcan nuevas soluciones. Quién sabe si, con el tiempo, el intermedio entre versales y versalitas se impone y se acaban incluyendo con su propio diseño en las familias tipográficas. En todo caso, no hay que olvidar la posibilidad de usar una fuente con poco contraste entre mayúsculas y minúsculas, sobre todo en textos con muchas siglas o símbolos.

## abreviaturas comerciales

Desde hace mucho tiempo, en el sistema ortográfico del español tenemos lo que se conoce como abreviaturas comerciales y que también encontramos en otras lenguas. Se caracterizan por formarse con una barra, bien sea tras una letra o entre dos letras: *c/u*, *s/f*. Las abreviaturas comerciales (aunque en realidad no todas están relacionadas con el comercio) apenas han evolucionado y se mantiene un repertorio más o menos fijo.



Figura 3. c/u en Unicode

Su origen está en los manuscritos comerciales, donde no era complicado escribir letras más pequeñas y volar la que precedía a la barra. Esta disposición se mantiene viva en lo manuscrito, sobre todo en *c/u* ('cada una', que incluso recoge el repertorio de caracteres Unicode, figura 3), y hasta no hace mucho se solía respetar también en formularios y estadillos impresos.

En lo relativo al punto, lo tradicional ha sido trasladar la forma manuscrita a lo impreso, aunque José Martínez de Sousa propone añadirse al final (*c/u.*) y Euniciano Martín tras cada letra (*c./u.*). Puesto que la barra ya es suficiente diacrítico y el punto ya tiene muchos usos, parece preferible mantener la coherencia entre las formas manuscrita e impresa y preservar la forma tradicional sin punto; de hecho, la tendencia actual es eliminar los puntos donde no hacen falta (como en las siglas) y no añadirlos donde normalmente no se ha considerado necesario.

Para poder usar las abreviaturas comerciales en lo impreso, se necesitaba tiempo y esfuerzo adicional, ya que no se contaba con ellas ya fundidas. Eso podría explicar que, salvo en remendería, se simplificase la forma de componerlas. Pero ahora los medios digitales permiten manipular con mucha más facilidad los tipos y podría ser el momento de considerar la posibilidad de recuperar la forma genuina de las abreviaturas comerciales.

¿Merece la pena esta recuperación? ¿O ya se ha asentado definitivamente la grafía simplificada? Son preguntas que dejo abiertas.

## símbolos

En toda la exposición anterior han quedado fuera de forma intencionada los *símbolos*, que a menudo se definen como «abreviaturas técnicas sin punto y normalizadas». No es una definición muy apropiada, porque los símbolos son más bien representaciones, gráficas o textuales, de conceptos, que a menudo se pueden combinar con cifras u otros símbolos para formar expresiones según ciertas reglas establecidas, ya sea por tradición, ya sea por convenios internacionales, nacionales, locales o personales. Estas reglas pueden llegar a ser muy complejas y específicas y por tanto su asimilación a las abreviaciones es dudosa y deberían quedar fuera de una regulación lingüística (como hace la RAE de forma por lo general bastante desatinada). Entre los símbolos tenemos los matemáticos, los químicos, las unidades físicas y las unidades monetarias.

Por consiguiente, un símbolo no es estrictamente una abreviación, sino un elemento de un lenguaje simbólico que sigue sus propias normas y que tiene un valor propio y autónomo de una palabra (me limito a los símbolos que suelen aparecer intercalados en un texto). Por ejemplo,  $45 \text{ km/h}$ , no es la abreviación de «cuarenta y cinco kilómetros por hora», sino una expresión matemática con sentido por sí misma que no se lee sino que se explica; en este caso, la barra es una representación completa de una determinada operación que puede expresarse de diversas formas («por», «entre», «dividido entre», «el cociente de», etc.) y que podría representarse matemáticamente de otras maneras sin que cambie la explicación (como  $45 \text{ km h}^{-1}$ ). En otras ocasiones, intentar expresar verbalmente un conjunto de símbolos puede ser una tarea poco menos que imposible (figura 4). El sistema internacional destaca este punto (sección 5.1) y recuerda que los símbolos son entidades matemáticas y no abreviaciones de palabras.

Los símbolos casi siempre carecen de punto, pues normalmente sería un símbolo más añadido a otro símbolo, pero no por ello se debe concluir que todo conjunto de letras sin punto debe asimilarse a ellos (en el supuesto de que no sea un sigla). Por ejemplo, las abreviaturas bibliográficas de los libros de la Biblia (Gen, Jds) y de ciertas publicaciones y obras carecen de punto por comodidad y legibilidad, como ocurre con las abreviaturas comerciales, pero no por ello deberían ser consideradas símbolos, pues no forman parte de un lenguaje formal simbólico; así, José Fernández Castillo en sus Normas para correctores y compositores tipógrafos (Madrid, Espasa-Calpe, 1959) las considera siglas.

## conclusión

En los últimos años las abreviaturas y las siglas han dado un giro copernicano y es tiempo de reconsiderar las reglas. Es necesario, sobre todo, simplificarlas para que sean de aplicación sencilla y directa y no descuidar las necesidades de la tipografía, que es, en definitiva, lo que busca la ortotipografía. Las reglas no pueden consistir en teorías basadas en un complejo entramado de categorías con multitud de casos que solo contribuyen a alejar la ortografía del usuario medio y del lado enormemente práctico que debe tener. Es evidente la utilidad de esas clasificaciones, que son necesarias para clarificar la situación; sin embargo, deben ser el punto de partida, no el de llegada, para que nos permitan establecer un sistema coherente y sencillo de entender y de aplicar. La explosión de las siglas es un fenómeno nuevo, que irónicamente podría beneficiarse del sentido práctico de hace años para su tratamiento gráfico.

$$\begin{aligned}
 |I_1| &= \left| \int_{\Omega} gRu \, d\Omega \right| \\
 &\leq C_3 \left[ \int_{\Omega} \left( \int_a^x g(\xi, t) \, d\xi \right)^2 d\Omega \right]^{1/2} \\
 &\quad \times \left[ \int_{\Omega} \left\{ u_x^2 + \frac{1}{k} \left( \int_a^x cu_t \, d\xi \right)^2 \right\} c\Omega \right]^{1/2} \\
 &\leq C_4 \left\| f \left| \tilde{S}_{a,-}^{-1,0} W_2(\Omega, \Gamma_l) \right| \right\| \left\| |u| \overset{\circ}{\rightarrow} W_2^{\tilde{A}}(\Omega; \Gamma_r, T) \right\|. \\
 |I_2| &= \left| \int_0^T \psi(t) \left\{ u(a, t) - \int_{\gamma(t)}^a \frac{d\theta}{k(\theta, t)} \int_a^{\theta} c(\xi) u_t(\xi, t) \, d\xi \right\} dt \right| \\
 &\leq C_6 \left\| f \int_{\Omega} \left| \tilde{S}_{a,-}^{-1,0} W_2(\Omega, \Gamma_l) \right| \right\| \left\| |u| \overset{\circ}{\rightarrow} W_2^{\tilde{A}}(\Omega; \Gamma_r, T) \right\|.
 \end{aligned}$$

Figura 4. ¿Lectura de combinaciones de símbolos?

# arte u oficio

Miguel Gallego. Director de producción editorial

UN LIBRO BIEN EDITADO Y PRODUCIDO DEBERÍA FACILITAR LA COMPRENSIÓN DEL MENSAJE QUE ESOS TEXTOS –Y ESAS IMÁGENES– TRANSMITEN. UNA ENCICLOPEDIA DEBE PEDIR A GRITOS QUE ALGUIEN BUSQUE UNA ENTRADA Y ADEMÁS AYUDAR A QUE EL LECTOR LA ENCUENTRE

n ¿Existe, en el caso del diseño editorial, una relación directa entre el oficio y la norma? Entiendo que sí, del mismo modo que considero que algunos pueden encontrar dicha relación incluso contradictoria.

La idea que tiene una gran parte del público del concepto diseño —lo digo por experiencia personal en el sector (sea este editorial o gráfico en general)— suele estar mucho más relacionada con la creatividad que con una normativa. Y cuando se habla de creatividad se suele caer en la trampa de hablar de un valor intangible relacionado con lo contemporáneo, distinto y diferenciador. Mi opinión es que el diseño no es buen diseño si la forma no se amolda al contenido para ordenarlo, modularlo, diferenciarlo (o cualquier otra función que se requiera de este). El diseño no es un arte, es un oficio, guste o no al sector.

No creo que este sea el lugar (ni yo la persona) más indicado para una exposición sobre errores y aberraciones tipográficas en el sector editorial, pero sí creo poder afirmar que el sector editorial español podría mejorar mucho con una sola medida: **formación**.

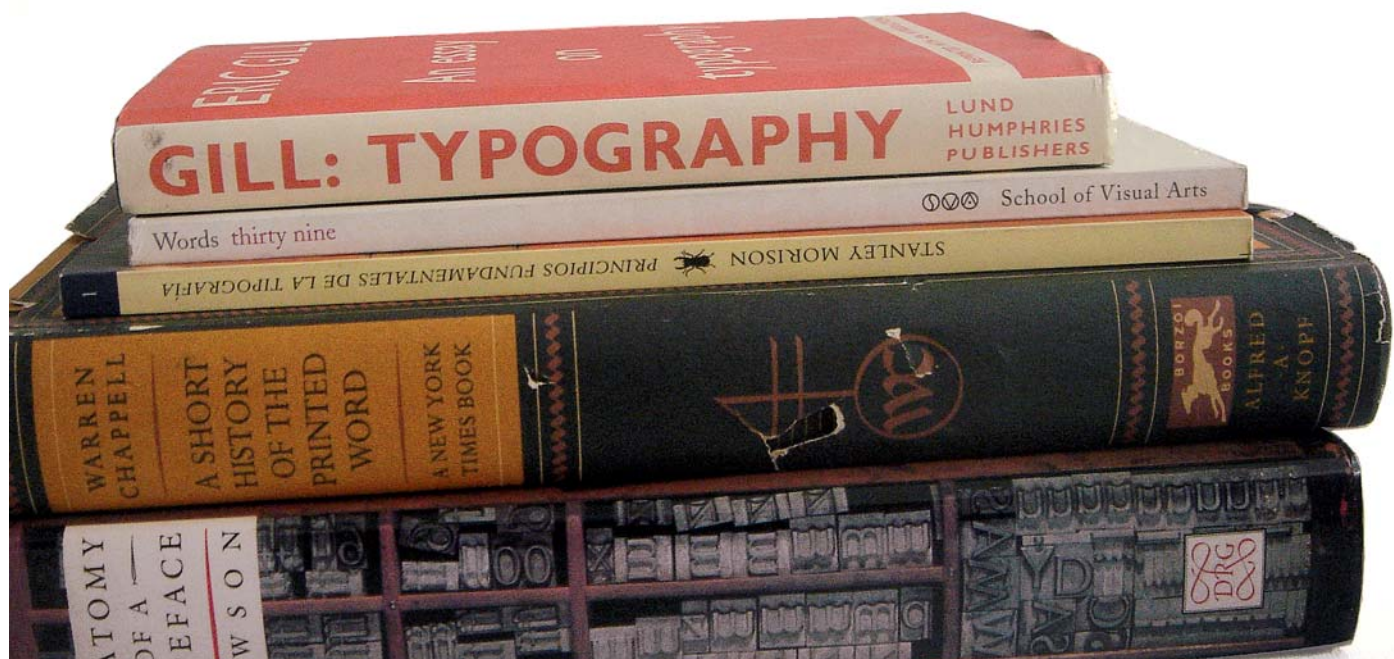
El trabajo de diseñador gráfico o diseñador editorial se ha popularizado en los últimos veinte años de un modo —para los profesionales del sector—



Producir hoy un libro es más barato que hace treinta años

abrumador. La parte positiva más evidente para la industria (a fin de cuentas, eso es un libro hoy en día: un producto industrial) es el abaratamiento de los procesos de producción, de los tiempos y de los recursos necesarios para llevar a la imprenta un libro. Producir hoy un libro es más barato que hace treinta años. Vayamos ahora con la parte negativa, la otra cara de la moneda. El acceso a miles de tipos de letra y a programas informáticos de diseño y maquetación por parte de usuarios no cualificados, sin conocimientos ortotipográficos (y a veces incluso ortográficos), ha producido en el pasado, y sigue produciendo ahora, una degeneración progresiva del «oficio de hacer libros». El trabajo de tipógrafo, seamos realistas, casi se ha perdido. No me refiero solo al poco remunerado esfuerzo de unos cuantos locos maravillosos que se empeñan en inventar, reinterpretar y ampliar familias tipográficas. Me refiero sobre todo a aquellas personas que se dedican a seleccionar familias tipográficas apropiadas para cada uso, componer textos con jerarquías adecuadas a cada obra, pero aun así normalizadas. Como bien apunta José Martínez de Sousa en su libro *Ortografía y ortotipografía del español actual* (Ed. Trea, 2004), en España nunca se ha editado un código tipográfico formal. Existen libros de estilo o códigos tipográficos, pero no son normativos. Mirando en nuestro entorno, en Alemania sin ir más lejos, existen normas ortotipográficas recogidas en





varios manuales —recomiendo echar un vistazo a las excelentes ediciones de Hermann Schmidt Verlag Mainz *Detailtypografie* (Friedrich Forssman y Ralf de Jong, 2002) y *Lesetipographie* (Hans Peter Willberg y Friedrich Forssman, 1997)— y con las que se ayuda a estudiantes y estudiosos a respetar una normativa que facilita leer un texto y no confunde al lector. Mi opinión profes-

## AFORTUNADAMENTE, A POCOS DISEÑADORES SERIOS SE LES OCURRE DEFORMAR EN ALGÚN EJE EL GLIFO TIPOGRÁFICO O LLEVAR LA PROSA DE UN TEXTO A LÍMITES DE LEGIBILIDAD POR EL MERO HECHO DE «HACER ENTRAR» LOS TEXTOS

sional es que un libro bien editado y producido debería facilitar la comprensión del mensaje que esos textos —y esas imágenes— transmiten. Una enciclopedia debe pedir a gritos que alguien busque una entrada y además ayudar a que el lector la encuentre. Una novela o un ensayo no deben importunar al lector con florituras que lo distraigan del contenido; cuanto más acertada sea la tipografía más discreta será su presencia. Parecen, y quizá sean, verdades

de Perogruno, pero cada vez se ven más libros que incumplen reglas básicas del diseño y la ortotipografía sin que justifique esa «osadía» ninguna razón comercial convincente. Se trata de pura ignorancia o dejadez.

Si a ello añadimos la tendencia innata en los países mediterráneos a «ir por libre», nos encontramos con errores ortotipográficos y tipográficos graves (uso de falsas cursivas y negritas o falsas versalitas, líneas huérfanas y viudas, por nombrar solo las más comunes). Afortunadamente, a pocos diseñadores serios se les ocurre deformar en algún eje el glifo tipográfico o llevar la prosa de un texto a límites de legibilidad por el mero hecho de «hacer entrar» los textos. Y aunque el *software* de edición ha dado pasos de gigante en los últimos dos o tres años mediante la incorporación de la corrección óptica de la prosa y otros avances, el conocimiento de unas cuantas familias tipográficas es imprescindible por parte del diseñador.

La falta de centros de formación específica en diseño editorial (salvo honrosas excepciones) con un programa docente adecuado a las necesidades del sector, y sin perder de vista el carácter industrial de este, lleva a que las personas interesadas en «fabricar» libros lleguen a las editoriales o estudios de diseño sin los conocimientos básicos necesarios para ejercer su oficio. La formación continua brilla también por

su ausencia.

Imprescindible para mí sería una formación técnica muy completa antes de llegar a la industria. Se debería exigir a los diseñadores un conocimiento técnico y teórico de su oficio para el que hoy no existen certificaciones. Y eso solo se puede hacer a través de colegios profesionales o movimientos asociativos sectoriales. Si al paupérrimo estado de la formación en España añadimos la falta de contacto institucional casi absoluta entre la industria que produce los libros y los diseñadores que dan trabajo a esa industria, y la separación también en la formación académica y práctica de técnicos y diseñadores, ¿cómo esperamos mejorar la calidad del libro? ¿Cuándo comenzará el intercambio de profesionales entre industria y centros de formación? La pregunta está formulada. A ver quién se atreve. A contestar, me refiero.

# José Antonio Millán: lingüista, editor y estudioso

José Antonio Millán, lingüista, editor, estudioso de las nuevas formas de comunicación y de creación (y rescatador de algunas que yacían en el olvido), agitador cultural, divulgador amenísimo y participante incansable en mesas redondas, cursos, ciclos y congresos, ha desarrollado numerosas —y arriesgadas— empresas intelectuales en la Red, ha escrito cuentos, novelas, ensayos, ha experimentado con textos electrónicos, ha inventado acrósticos y palíndromos, ha animado una rara enciclopedia *wiki* y ha creado una de las páginas web más fascinantes e inencasillables (<<http://jamillan.com/>>) que existen en español.

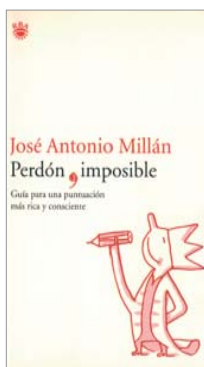
n **Sus amigos tienen un problema: cuando hablan de usted a personas que no lo conocen: no saben decir qué es ni a qué se dedica. ¿Cómo se definiría profesionalmente?**

Permítame que conteste con una anécdota familiar. Mi abuelo, Nicolás González Ruiz, periodista y maestro de periodistas (fundó la primera Escuela de Periodismo de España) trabajó durante muchísimos años en el diario *Ya*. Allí tenían, como es natural, el especialista en economía, en política internacional, en deportes, en «ecos de sociedad» (como se llamaba entonces) y así sucesivamente. Pues bien: a él le llamaban el «especialista en todo lo demás». Me gusta pensar que yo también soy, a mi manera, en un terreno que tiene que ver con la edición, con la Red, con la literatura y con la lingüística (áreas todas en las que hay profesionales excelentes), un «especialista en todo lo demás». Y quizás no está mal que exista algo así, ¿verdad?

n **Usted fue quien dirigió la creación del Centro Virtual Cervantes. ¿Qué fines se perseguían con ese nuevo espacio en la Internet?**

Puffff... Si ahora se dice que estamos en la Web 2.0, ese proyecto (inaugurado en 1997) sería la Web 0.0, como mínimo... La verdad es que pretendíamos de todo, porque la Web en español era un territorio virgen, y un sitio web de una institución oficial, como el Instituto Cervantes, era una marcianada absoluta. Tengo que decir que tuve la suerte de contar con dos *marcianos* excelentes, que entendieron el asunto y lo apoyaron desde el principio: el marqués de Tamarón (entonces director de la institución) y José Manuel Bleuca (su alma académica). En ese proyecto se sentaron las bases de muchos materiales y servicios que aún siguen ahí, lo que demuestra que funcionaron: foros de participación sobre temas lingüísticos y didácticos, textos electrónicos (el *Quijote* de Rico), facsímiles digitales de documentos de los archivos públicos, materiales de enseñanza, un buscador especializado (el Oteador)... Hoy existen por todas partes muchas de estas cosas, pero entonces eran puras propuestas.

foto: Susana Narozky



n **¿Cómo ha influido el lenguaje de las nuevas tecnologías en la lengua general?**

A mí me hace mucha gracia ver cómo los dispositivos y los procesos técnicos van entrando en el habla de todos. Hay un caso que presenta una continuidad notable: en la época de la pianola (artefacto mecánico que producía música a partir de unos rollos perforados, creado hacia finales del siglo XIX) surge el «cambia el rollo», para sugerir a alguien que deje de repetir la misma cosa; la frase luego se convierte, a mediados del siglo XX, en «cambia el disco [de gramófono]». Pues bien, ahora tenemos lo de «cambia el chip», aplicado más que a las palabras a los comportamientos o estados de ánimo. Creo que en nuestra lengua —y por tanto en nuestra mente— están vigentes metáforas globales (por ejemplo, la que ve al ser humano como un mecanismo), y sus encarnaciones concretas dependen del cacharro que esté en uso en cada momento. La verdad es que estamos en una época plena de cachivaches (que algunos llaman *gadgets*), con lo que es de esperar que muchos se vayan incorporando a la lengua. Ya he oído a alguien quejarse de su falta de memoria, decir golpeándose la cabeza: «Ya no me da el disco duro...».

n **¿Qué opina de lo que algunos llaman español global, estándar, internacional, etc., y que usted llamó «español común» en el congreso de Zacatecas? ¿Para qué sirve y qué futuro tiene?**

No deja de ser una entequequia. Cada vez soy más enemigo de esos constructos que, bajo pretexto de facilitar la comunicación o la enseñanza, en el fondo enmascaran una realidad multiforme y dinámica.

n **Las críticas constructivas más conocidas al Diccionario panhispánico de dudas son las de José Martínez de Sousa y las de usted. Además de esas críticas, ¿qué es lo más destacable para usted de esa obra? ¿La utiliza usted?**

Como se puede imaginar, pertenezco a la clase de consultadores compulsivos de obras de referencia, y sus miembros nunca consultamos solo una...

El *DPD* tiene un lugar especial en mis marcadores del navegador. Para mí lo más destacable de la obra es el aspecto abarcador de variantes del español en el mundo (la vertiente llamada, en palabra que no me gusta nada, *panhispánica*). En los otros aspectos, uno pocas veces encuentra cosas que no estuvieran ya contenidas en otros lugares. Eso sí: funciona como un agregador de obras diversas.

n **¿De dónde surge la idea de escribir un libro dedicado a desvelar los misterios de la puntuación?**

*Perdón imposible* surge de un encargo editorial, lo que digo con la cabeza muy alta. Me encantan los encargos, porque ahorran uno de los trabajos más grandes de la escritura: ¿cuál de los libros que podría o querría o me apetecería escribir es el que voy a emprender ahora? Los escritores nos pasamos con frecuencia más tiempo dilucidando estas cosas que escribiendo. Por eso un encargo oportuno da una gran sensación de alivio... Ahora estoy haciendo otros dos libros por encargo, y lo estoy pasando muy bien. Claro: uno tiene que tener editores tentadores, que conozcan las debilidades y las fortalezas de uno...

n **¿Cómo empezó a coleccionar las historias de las palabras que luego se convertirían en su último libro, *El candidato melancólico*?**

Desde pequeño: siempre me han llamado la atención las etimologías. Primero empezó mi padre, que es médico, a desvelarme los *cortes* que tenía dentro la palabra *anatomía*, y cosas por el estilo, y yo materialmente alucinaba. Era como si de pronto se hubiera abierto el suelo bajo mis pies, para mostrar que el terreno que me soportaba habitualmente estaba formado por incontables capas que acumulaban eras de tensiones geológicas: una sensación de vértigo... Luego tuve la suerte de tener en Preu (este hito revela inmediatamente mi edad) un profesor de latín y griego, el padre Santos Santamarca, que era un monstruo: ila de cosas que me enseñó! No había raíz griega o latina que no relacionara inmediatamente con tropecientas palabras españolas, francesas, inglesas o alemanas...

n **Su último libro, el vigésimo en veinte años como autor, *Flor de Farola*, se cayó de la Red. ¿Seguirán cayendo más? ¿Para cuándo veremos en papel su colección de injurias e insultos? ¿Cuál es la joya de esa colección?**

Bueno: ¡*Flor de Farola* es otro encargo editorial! José Pons, de Melusina, me dijo: aquí hay un libro, y yo no quería creérmelo... pero era verdad. Sí: hay otras partes de la web que irán aterrizando en libros, pero no adelantemos acontecimientos... Respecto a las injurias, hay una que me encanta, y que es muy madrileña. Está oída en medio del tráfico, en boca de un automovilista que consideraba que el conductor de un coche de servicio público le había jugado una mala pasada. Asomó la cabeza y le gritó: «¡Taxista!». Sí: a veces la verdad es el peor insulto...

n **¿Qué le ocupa más tiempo: sus obras de creación literaria —novelas y cuentos— o los ensayos dedicados a la lingüística? ¿Se divide igual con ambas ocupaciones?**

En realidad, y por motivos misteriosos, la ficción literaria pura me ha abandonado (o yo la he abandonado a ella). Me quedan los ensayos lingüísticos —que me proporcionan muchos placeres: ¡cuánto disfrutaban los lectores comunes cuando les descubres cosas de su lengua!—, los cuentos infantiles —que son un territorio riquísimo y libre para la creación— y los ensayos visuales, que desde hace unos años van tomando la forma de series de fotografías comentadas (como *Umbrales*: <http://jamillan.com/umbrales>). Los dos últimos aspectos los reúno en una obra que me complace anunciar en primicia para *Donde digo...* Se trata de un cuento para niños y mayores, que he escrito en aleluyas e ilustrado con fotografías: *Quasibolo. La vida casi normal del señor de la señal* (Serres, 2007). Es la biografía definitiva de ese personaje esquemático que aparece en las señales de tráfico (por ejemplo, en un paso cebra) y en los locales públicos (donde sale corriendo por la SALIDA). Es un gran desconocido, y recopilando información en todo el mundo he llegado a reconstruir su vida... La verdad es que me lo paso bomba haciendo estas cosas... ¡y encima me pagan!

recomendaciones que **hace la fundéu**

UNO DE LOS OBJETIVOS DE LA FUNDACIÓN DEL ESPAÑOL URGENTE ES EL ANÁLISIS DIARIO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN. RESULTADO DE ESTE EXAMEN, CENTRADO EXCLUSIVAMENTE EN LOS ASPECTOS LINGÜÍSTICOS, SON LAS RECOMENDACIONES QUE, ENTENDIDAS COMO ADVERTENCIAS ENCAMINADAS A PROPORCIONAR CRITERIOS DE UNIFORMIDAD IDIOMÁTICA, SE DIFUNDEN MEDIANTE LOS SERVICIOS DE LA AGENCIA EFE. LAS RECOMENDACIONES QUE SIGUEN SON ALGUNAS DE LAS QUE SE PUEDEN ENCONTRAR EN LA PÁGINA WEB DE LA FUNDÉU: [WWW.FUNDEU.ES](http://WWW.FUNDEU.ES)

**agua**

La Fundéu considera necesario recordar que la palabra *agua* es de género femenino. La Fundéu ha podido observar que en muchos medios de comunicación se confunde el género de la palabra *agua* y se utiliza como si fuese masculino. Esa confusión se debe a que al tratarse de una palabra de género femenino que comienza por la letra 'a' tónica (es decir, que el acento va en esa 'a'), *agua* va precedida por el artículo 'el', «el agua», y eso hace que muchos hablantes supongan que se trata de una voz masculina. Así, se ven y se oyen noticias en las que se escriben o se dicen cosas como «el mismo agua», «consume mucho agua», «queda muy poco agua», etc., en lugar de «la misma agua», «consume mucha agua» y «queda muy poca agua». La Fundéu considera necesario recordar que el uso correcto en español es en femenino, aunque esa palabra se use con el artículo determinado 'el'.

**bimensual, bimestral, bienal y bianual**

La Fundéu considera necesario precisar los significados de las palabras *bimensual*, *bimestral*, *bienal* y *bianual*. *Bimensual* es el adjetivo con el que se designa lo que ocurre o se hace dos veces al mes. El espacio de tiempo de dos meses es un «bimestre», luego lo que suceda o se repita cada bimestre será *bimestral*. Con el adjetivo «anual» no cabe ninguna duda: es lo que sucede una vez al año. Pero si es dos veces al año será *bianual*. Dos años son un «bienio», voz a la que corresponde el adjetivo *bienal*, que se aplica a 'lo que sucede u ocurre cada dos años'. Además, lo «quincenal» –cada quince días– es al mismo tiempo bimensual, aunque lo bimensual no tenga por qué ser quincenal, ya que no todo lo que sucede dos veces al mes sucede cada quince días. También lo «semestral» –cada seis meses– puede equivaler a *bianual*, sin viceversa.

**boom**

La Fundéu ha podido observar que en los diarios de información económica es habitual el uso de la palabra *boom* escrita sin comillas ni cursiva, es decir, sin ninguna marca tipográfica que indique que se trata de un extranjerismo: «El boom de la construcción dispara los cortes telefónicos». En español, cuando se utiliza una palabra procedente de otra lengua hay que escribirla con letra cursiva, y si no se cuenta con esa posibilidad hay que ponerla entre comillas. Además, en el caso de la palabra *boom*, la Fundéu recuerda que hay una forma ya adaptada al español –bum–



y que aparece en los principales diccionarios, como en el *Diccionario panhispánico de dudas* de la Asociación de Academias de la Lengua Española, donde se define así: Interjección onomatopéyica utilizada para imitar el ruido de un golpe o de una explosión: «Una chispa o una palabra soez, y ¡bum!, todos al infierno». 2. Adaptación gráfica de la voz inglesa *boom* ('estruendo, estallido'), usada con el sentido de 'éxito o auge repentino de algo': «Tuvo cierta resonancia antes del bum de la novela latinoamericana, cuando el minibus de la novela social española». (Su plural es *bums*). La Fundéu recomienda, pues, que se utilice la forma hispanizada –bum– y que si en alguna ocasión se opta por la versión inglesa –boom– se escriba entre comillas o en cursiva.

## decimoprimer y decimosegundo

La Fundéu considera oportuno anunciar los cambios en el uso de *decimoprimer* y *decimosegundo* incluidos por la Asociación de Academias de la Lengua Española en el *Diccionario panhispánico de dudas*. Hasta la aparición de ese diccionario, todos los manuales de estilo y los diccionarios de dudas avisaban de que era incorrecto en español usar los ordinales *decimoprimer* y *decimosegundo*, y decían que las formas correctas eran *undécimo* (u *onceno*) y *duodécimo*. Esa norma ha cambiado y en el español actual ya es lícito usar las dos formas que hasta hace muy poco tiempo se consideraban incorrectas. La Fundéu anuncia esos cambios para que se sepa que ya se pueden escribir, sin miedo a equivocarse, *decimoprimer* y *decimosegundo*.

## eólico

El adjetivo *eólico*, según se explica en el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española (*DRAE*), significa, entre otras cosas, 'perteneciente o relativo al viento' y 'producido o accionado por el viento' (*erosión eólica*, *rotor eólico*). Vista esa definición, resultaría dudoso el uso de *eólico* al lado de sustantivos que no pueden ser producidos o accionados por el viento, como: «sector eólico», «compra eólica», etc. Pero en ese mismo diccionario hay una explicación, en la palabra *parque*, en la que se dice que un *parque eólico* es una 'planta o instalación de varios generadores eólicos', es decir, que ese adjetivo puede aplicarse también a lo relacionado con la energía eólica, y no solo a lo 'producido o accionado' por el viento. La Fundéu precisa, pues, que son correctos esos nuevos usos de *eólico*, y es por lo tanto correcto hablar del «sector eólico» y del «parque eólico», como lo es hablar de las «turbinas eólicas» o de los «rotores eólicos».

## escritura de los céntimos

La Fundéu, en su análisis diario del uso del español en los medios de comunicación y en su atención diaria al servicio de consultas sobre el buen uso del español, considera necesario aclarar la correcta escritura de los céntimos de euro. Se plantean frecuentemente dudas sobre la correcta grafía de las cifras referidas a la fracción del euro –los céntimos–. Así, para representar por escrito lo que en la lengua hablada es «doce céntimos», hay cierta inseguridad que puede producir graves errores, pues en ocasiones



algunos redactores optan por la forma «0,12 céntimos» sin darse cuenta de que lo que han escrito es el equivalente a «0,0012» euros, es decir «12 diezmilésimos de euro». Las únicas formas correctas de reproducir por escrito y con cifras lo que en la lengua hablada es «doce céntimos» son las dos siguientes: «12 céntimos» o «0,12 euros».

## guardarraíl

La Fundéu considera necesario explicar la forma correcta de escribir *guardarraíl* en español. La Fundéu ha podido observar que en los periódicos y en los rótulos de algunos informativos de televisión aparece con frecuencia la palabra «guardarraíl» y advierte de que esa grafía es un error de escritura, pues la forma correcta en español es *guardarraíl*. Se trata de una palabra compuesta por los términos 'guarda' y 'raíl', y al quedar la letra 'r' entre dos vocales es necesaria su duplicación para mantener la pronunciación original /erre/. La palabra *guardarraíl*, tomada del inglés *guard rail*, aún no está registrada en los diccionarios de la Real Academia Española, pero es de uso corriente y está bien formada, por lo que no hay ningún inconveniente para su utilización en español. La Fundéu precisa, pues, que la única forma correcta de escribir esa palabra en español es *guardarraíl*.

## holding

La Fundéu recomienda la traducción de la voz inglesa *holding*. El *Diccionario panhispánico de dudas* explica que *holding* significa 'sociedad financiera cuyo activo está constituido, básicamente,

por acciones y participaciones en otras sociedades' y propone que en español se sustituya por la palabra «grupo», como en: «El presidente del grupo francés Paribas, investigado por fraude». Otras posibles traducciones de *holding* al español son: «consorcio», «grupo financiero», «grupo industrial», «grupo de empresas», «sociedad de cartera» o «sociedad de participación». La Fundéu recomienda que se evite el uso de la palabra inglesa y que en su lugar se opte, según el contexto, por cualquiera de las posibles traducciones antes citadas.

## omisión del artículo

La Fundéu advierte de la frecuente omisión del artículo ante el sustantivo en construcciones que comienzan por *la mayoría de*, *parte de*, *el resto de*, *el tanto por ciento de*, etc. Así, cada vez resulta más habitual oír y leer en los medios: «*La mayoría de comunidades* finalizan las clases de primaria y secundaria esta semana», «Vecinos de Xábia denuncian que *la mayor parte de contenedores* de basura están rotos», «*La totalidad de presos políticos mapuches* se encuentran en huelga de hambre», «*El 50 % de españoles* creen que la ausencia de la madre que trabaja perjudica a sus hijos», «*El resto de candidatos* están centrados en la dirección de sus empresas». Según el *Diccionario panhispánico de dudas*, el sustantivo, en estas construcciones, «debe ir necesariamente precedido de artículo (o de otro determinante)», con lo que en los ejemplos citados tendría que haberse escrito: «la mayoría de *las* comunidades» —o «de *nuestras* comunidades», o «de *aquellas* comunidades...—, «la mayor parte de *los* contenedores», «la totalidad de *los* presos políticos mapuches», «el 50 % de *los* españoles»



o «el resto de *los* candidatos». La Fundéu recomienda, pues, poner especial cuidado en no omitir el artículo (o el determinante que corresponda) en las construcciones formadas por *la mayoría de, parte de, el resto de, el tanto por ciento de, etc.*, + sustantivo.

## plural de híper y súper

La Fundéu considera necesario explicar el plural de las palabras *híper* y *súper*. Se trata de dos palabras formadas por el acortamiento de otras dos: *hipermercado* y *supermercado*. Estas dos últimas no presentan ninguna peculiaridad en sus respectivos plurales —*hipermercados* y *supermercados*—, pero sus acortamientos sí plantean dudas al mencionarlos en plural: ¿Se dice «los híper» y «los súper» o «los híperes» y «los súperes»? Ambas palabras —*híper* y *súper*— funcionan como sustantivos, y como tales pueden formarse sus plurales regulares sin contravenir ninguna norma gramatical: *híperes* y *súperes*, es decir, esas formas son correctas, si bien su uso es muy escaso: *híperes* es casi inexistente y *súperes* se limita al español de algunos países de Centroamérica. El uso más extendido es el de dejarlas invariables —«los híper» y «los súper»—, y así es como se recogen en el *Diccionario panhispánico de dudas*, donde se nos indica que escribamos ambas palabras igual en singular y en plural. Ambas formas —«los híper»/«los híperes» y «los súper»/«los súperes»— son correctas, pero dado que las más extendidas entre los hispanohablantes son «los híper» y «los súper», la Fundéu aconseja que se prefieran estas últimas. No son correctos los plurales *hípers* y *súpers* y por lo tanto deben evitarse.

## uso del prefijo *auto-*

Según el *Diccionario panhispánico de dudas* resulta inadecuado aplicar el prefijo *auto-* con valor de 'a sí mismo' unido a verbos reflexivos y sin que quepa otra interpretación, como ocurre en «Una joven se *autoinmola* en Gaza», donde el pronombre reflexivo se aporta ya el significado de 'a sí mismo' y, por tanto, el uso del prefijo es redundante. Sin embargo, la Academia acepta el uso de *auto-* con valor reflexivo en aquellos casos en los que exista ambigüedad interpretativa, como ocurre en «se *autolesionó* antes de ser capturado», donde, gracias al prefijo, no hay duda de que el sujeto se provocó a sí mismo la lesión, o en «se *autoproclamó* emperador», donde solo cabe interpretar que el título se lo asignó la propia persona. Por todo ello, la Fundéu recuerda que *auto-* no debe unirse a verbos que ya tienen de por sí valor reflexivo, excepto en aquellos casos en que ayude a superar una ambigüedad.

crece **el interés**

**VIAJAN YA CON IBERIA, SE LEEN EN 20 MINUTOS Y SE OYEN EN RADIO NACIONAL, LA SER Y PUNTO RADIO. DE MAYO A NOVIEMBRE DEL AÑO PASADO, EL NÚMERO DE PERSONAS QUE CONSULTARON NUESTRA PÁGINA WEB CRECIÓ, SEGÚN LA OJD, UN 61 %**

**LAS RECOMENDACIONES DE LA FUNDÉU**



Ana Blanco

**IDIOMA CON SELLO DE GARANTÍA.** Si todos los productos ofrecen garantía de funcionamiento y la posibilidad de devolución en caso de falla, si cada vez más empresas se encuadran en las normas ISO de calidad, ¿por qué no esperar que algún día suceda lo mismo con el idioma, que a fin de cuentas —como el agua, la luz y las cloacas— es un servicio público esencial?

Ya no es utópico pensar en esto. El cable nos informa de que una auditoría lingüística realizada por la Fundéu durante una semana en los noticieros transmitidos por Televisión Española (TVE) permitió constatar una «mejora» en el español utilizado por los profesionales del canal. «El lenguaje —explica el informe— se ajusta a una norma culta y de fácil comprensión para el espectador», aunque añade que «se pueden detectar algunos fallos que conviene evitar», la mayor parte de ellos corresponde a errores léxicos, el uso del leísmo (el empleo demasiado frecuente de *le* como complemento directo), omisión de artículos o faltas de concordancia, etc.

Cuando hace algunos meses visitó Buenos Aires, el lexicógrafo catalán Alberto Gómez Font —que dirigió el Departamento de Español Urgente de la Agencia Efe durante muchos años— nos adelantó que la Fundación del Español Urgente (Fundéu), de la cual es coordinador general, ofrecía a los medios dicho servicio de control de calidad idiomática. Por entonces ya se habían anotado, además de la Agencia Efe, el canal Telecinco y la CNN en Español, y también empresas y hasta un ministerio, para la redacción de sus memorias, la confección de manuales de estilo, etc. Una o dos veces al año realizarían auditorías idiomáticas y se les otorgaría una suerte de sello de calidad.

Para bien del idioma y de la cultura, el proyecto camina. La verificación del buen uso del idioma en los medios es muy necesaria. La mayoría de la gente no tiene una seguridad absoluta en el uso de nuestra lengua y toma como modelo de prestigio o ejemplo el español que oye en la televisión o en la radio, que ve escrito en los diarios o las revistas, porque supone que



quienes allí trabajan están preparados. Lo cual, por lo que oímos y leemos, es más bien lo contrario.

La experiencia de la Fundéu, especialmente en los medios de prensa, debería servir de modelo. En TVE hasta la fecha se han elaborado cinco informes, dice ahora un muy entusiasmado Gómez Font: «Es reconfortante comprobar que valoran nuestro trabajo. Tras una época de vacío, la dirección de los servicios informativos ha mostrado gran interés en atender las sugerencias». Nadie fue sancionado, apercibido o advertido; simplemente se analizó el «producto». En este caso, el producto esencial del trabajo del comunicador: la lengua.

En la Argentina, las políticas de Estado que faltan en materia idiomática bien podrían empezar por una auditoría sobre el uso del español en la televisión y la radio estatales. Para dar el ejemplo. ¿Por qué no?

(Publicado en el número 32 de *Idiomas y Comunicación*, octubre-noviembre del 2006, Buenos Aires)

**CURSOS Y SEMINARIOS.** Durante el último trimestre del 2006 la Fundación del Español Urgente, representada por su coordinador general, Alberto Gómez Font, participó en los siguientes cursos y seminarios: encuentro de intelectuales «Pretexto Covarrubias», organizado por la Caja de Burgos y celebrado en Lerma, Covarrubias y Santo Domingo de Silos; simposio internacional celebrado en Bulgaria, organizado por la Universidad San Clemente de Ojrid, de Sofía, para conmemorar los 45 años del departamento de Filología Española; jornadas de capacitación organizadas por la empresa Ocean Translations, en Rosario (Argentina), con una ponencia sobre

«Topónimos y gentilicios: tradición, transcripción y traducción», y II seminario sobre «La lengua española y medios de comunicación: nuevas tendencias», organizado por la Universidad de Málaga. Además, Gómez Font visitó en noviembre la Academia Argentina de las Letras (Buenos Aires) invitado por su presidente, Pedro Luis Barcia.

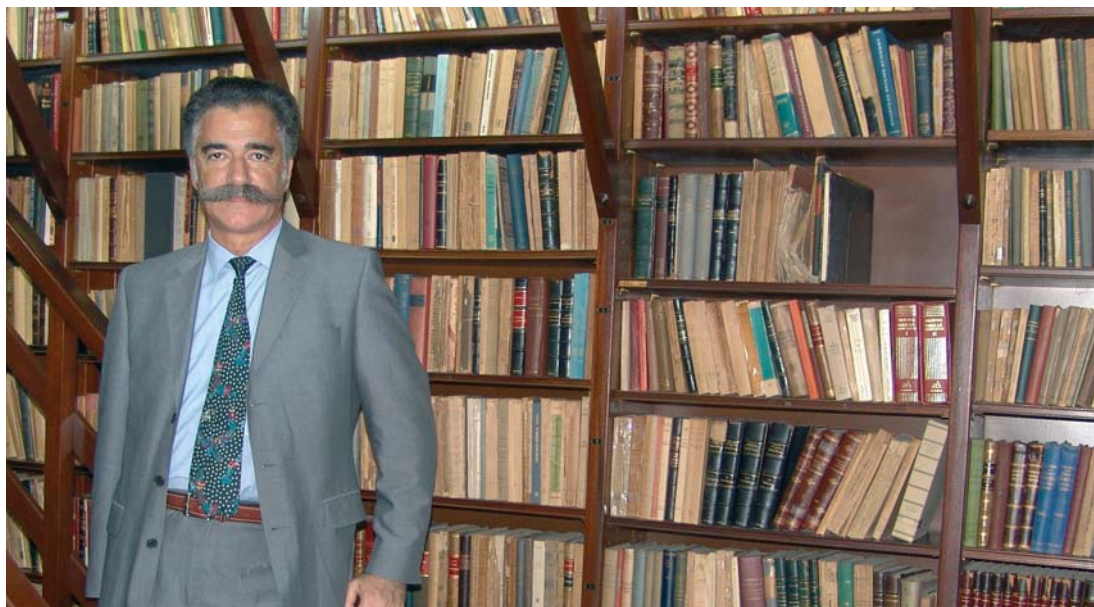
**CONVENIOS.** La Fundéu acordó con la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) la coedición de una colección hispanoamericana de libros sobre lenguaje denominada «Español urgente». Los dos primeros títulos previstos son *Crónicas del español urgente. Luquesinas*, de José Luque Calderón, y *Oral y Escrito*, de Raquel Díez Rodríguez de Albornoz.

Con CELER SOLUCIONES firmamos un convenio por el que esta empresa especializada en traducción multilingüe, documentación y publicación electrónica e impresa colaborará con las actividades de nuestra fundación en defensa del idioma.

A partir de su próxima edición, la Fundéu participará en el consejo asesor del premio de periodismo sobre economía, innovación y tecnología que convoca anualmente Accenture, empresa consultora de gestión y servicios tecnológicos. Las recomendaciones de la Fundéu serán publicadas también por las Cámaras de Comercio de España. La primera en hacerlo ha sido la cámara de Burgos.

De acuerdo con los convenios suscritos con la Universidad de Alcalá y la de Castilla-La Mancha, tres nuevas becarias se han incorporado al equipo de la fundación para completar su formación de posgrado: Judith González Ferrán, Zaida Núñez Bayo y María M. Ramírez Cruz, licenciadas las tres en Filología Hispánica.

foto: José Castro



Alberto Gómez Font en la biblioteca de la Academia Argentina de las Letras

## 1. La gramática descomplicada

*Esta obra está destinada a pensar con la gramática, no a memorizarla. El lenguaje es el pensamiento, y conocer la estructura de nuestro lenguaje equivale a conocer cómo se han estructurado nuestras razones. La gramática trasciende lo que pensamos, nos permite averiguar lo que pasa en el alma de quien habla y nos ayuda a ordenar la realidad.*

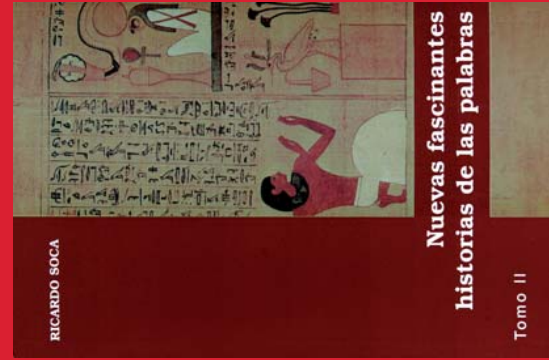
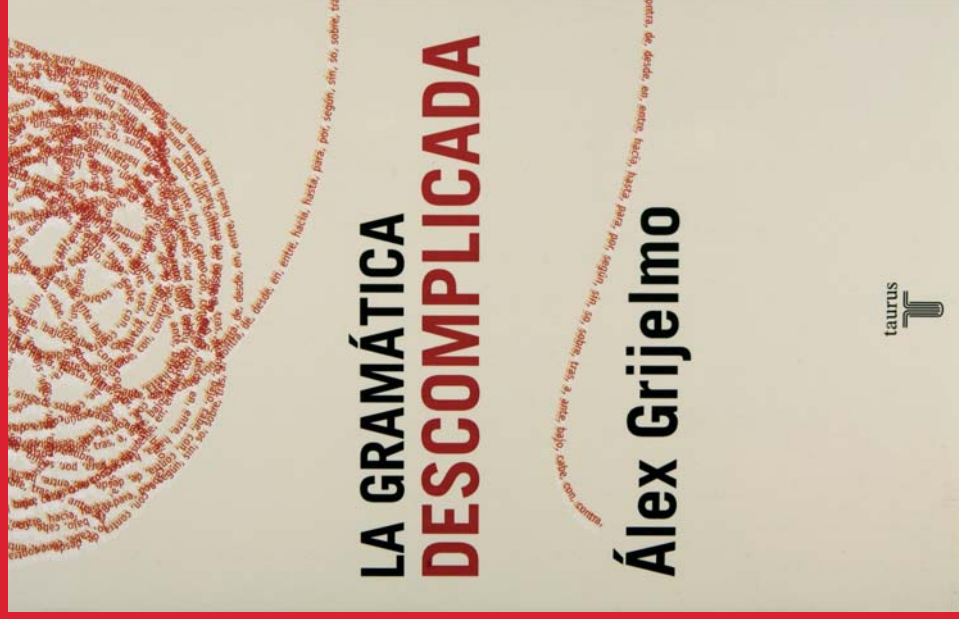
La gramática descomplicada rompe con muchos enfoques de las gramáticas actuales —aun sin contradecir sus reglas— y ofrece un nuevo estilo de explicarlas. Se trata de la primera gramática escrita por un periodista, lo cual la hace más amena y fácil de comprender. Con este libro repasaremos la gramática; aprenderemos o recordaremos las normas; descubriremos las consecuencias de no conocerlas y la entenderemos de otra manera más fácil y amena.

ÁLEX GRIJELMO.  
Taurus, Madrid, 2006

## 2. Nuevas fascinantes historias de las palabras (Tomo II)

*Con un ameno pero riguroso estilo coloquial, el autor se abre camino junto con el lector por entre la historia de las palabras que usamos a diario. Los antecedentes de los vocablos estudiados son investigados cuidadosamente hasta alcanzar en algunos casos las fronteras de la prehistoria de la humanidad. Es un paseo por la historia de la civilización en el que se incluyen referencias a culturas ya extinguidas pero que dejaron su impronta en palabras de nuestra lengua.*

RICARDO SOCA.  
Asociación Cultural Antonio de Nebrija, Montevideo, 2006

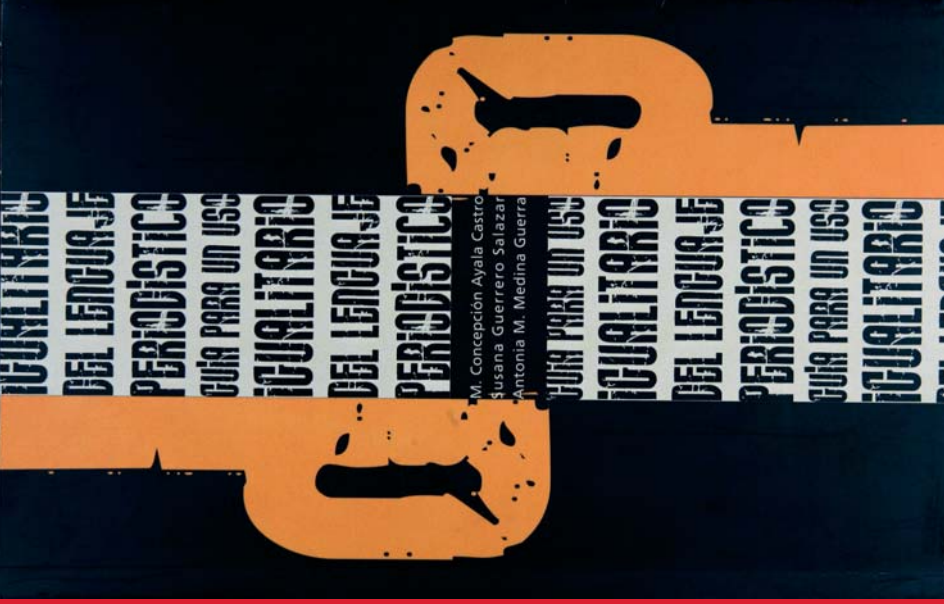


3. Guía para un uso igualitario del lenguaje periodístico

*Esta guía es la segunda de una trilogía cuyo objetivo general es «avanzar en la igualdad entre mujeres y hombres». En ella se ofrecen aquellas alterna-*

*tivas que, si se usan de modo reflexivo, no discriminan ni ocultan a las mujeres. El contenido de este trabajo comienza por subrayar la importancia del papel de los medios de comunicación en nuestra sociedad. Tras definir el concepto de sexismo lingüístico, las autoras han hecho hincapié en que este no está relacionado con la economía lingüística. Con esto se proponen contribuir a deshacer el tópico de que un lenguaje no sexista es sinónimo de tener que desdoblarse continuamente en masculino y femenino y, por tanto, de construir un discurso recargado y lento.*

M. CONCEPCIÓN AYALA CASTRO,  
SUSANA GUERRERO SALAZAR  
Y ANTONIA M. MEDINA GUERRA.  
Diputación de Málaga,  
Málaga, 2006



3



4



5

**4. La pequeña gran enciclopedia de la historia de las palabras**

*¿Sabe qué relación hay entre las cómodas bermudas que usamos en verano y el señor Juan Bermúdez? O bien, ¿cómo fue que el juramento «¡Por Dios!» terminó por dar origen a los bigotes? ¿Cuál es la palabra que designa a aquel con quien compartimos el pan? Estos son tres ejemplos de las 465 historias sobre el origen de las palabras que se revelan en este libro.*

DANIEL SAMOILOVICH,  
Ediciones De Mente,  
Buenos Aires, 2005

**5. Diccionario combinatorio práctico del español contemporáneo**

*El diccionario contiene un gran número de informaciones que no se hallan descritas en ningún otro diccionario de español. Bajo más de 14.000 entradas, esta obra ofrece casi 400.000 combinaciones comunes de palabras. Describe, por ejemplo, cómo en español sembramos trigo, pero también esperanzas, dudas y sospechas; clavamos una chincheta, pero también una respuesta; y se nos hielan el cuerpo por frío, pero también la sonrisa o la sangre por el miedo. La obra ha sido posible gracias al manejo de un corpus de prensa*



6

**española y americana de los últimos veinte años, procedente de 68 fuentes periodísticas distintas, que contiene más de 250 millones de palabras.**

*IGNACIO BOSQUE (DIR.),  
Ediciones SM, Madrid, 2006*

**6. El candidato melancólico**

*La lengua que utilizamos cada día está llena de sorpresas. El candidato melancólico significa originalmente «el hombre vestido de blanco que tenía la bilis negra», porque en Roma los candidatos vestían de blanco, y se creía que los humores del cuerpo influían sobre el ánimo de las personas. En este libro se*

*explica el origen de más de setecientas palabras, derivadas del latín, traídas por el árabe, prestadas por el inglés o aportadas por lenguas lejanas como el turco o el persa. Asistimos al cambio de sus significados: albóndiga nació en griego, como «avellana», y pasó a través del árabe para dar «bola de carne» en español. La obra nos pone en contacto con la creación de palabras en las onomatopeyas y nos presenta a la lengua madre de las lenguas europeas.*

JOSÉ ANTONIO MILLÁN,  
RBA Libros,  
Barcelona, 2006



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



El Corte Inglés



UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA



ALCALINGUA



Fundación Centro de Educación a Distancia para el Desarrollo Económico y Tecnológico



CELER SOLUCIONES



FUNDACIÓN LITTERAE



RED ELÉCTRICA DE ESPAÑA

# fundéu

FUNDACIÓN DEL ESPAÑOL URGENTE

Donde dice... cambia de aspecto y de tamaño, pero su compromiso con el buen uso del idioma continúa siendo el mismo. Con este número, dedicado a la ortotipografía y el diseño editorial, inauguramos una nueva época en la que concederemos especial atención a los monográficos. El equipo editor de Donde dice... agradece la excelente acogida que han tenido los números anteriores y se obliga a continuar trabajando en la misma línea de rigor lingüístico que hasta ahora.

